

MUNDO URBANO Y MIGRACIONES CAMPO-CIUDAD EN GALICIA, SIGLOS XVI-XIX¹

I. Dubert

Resumen

Se han tratado de determinar los diferentes patrones migratorios campo-ciudad generados en el mundo urbano gallego de los siglos XVI-XX. Para ello, se ha considerado el comportamiento expresado por una serie de enclaves, los cuales se distinguen entre sí por su funcionalidad, tamaño o situación geográfica. A la luz de los resultados, se ha elaborado una clasificación que en la práctica pivota sobre la vinculación que cada urbe haya venido manteniendo con el mundo rural circundante. Además, se ha procurado establecer la relación que tienen los trasiegos humanos que generan dichos enclaves, por un lado, con sus ritmos de crecimiento poblacional, y por otro, con las variaciones que conocerá la naturaleza y la intensidad de esos trasiegos en razón de cual haya sido la evolución coyuntural del noroeste peninsular. Esto ha permitido apreciar la existencia de una auténtica «cultura de la movilidad», que, y a semejanza de la habida en la España interior, se ha desarrollado en un contexto socioeconómico claramente preindustrial hasta bien entrado el siglo XX, contrastando así con los cambios que desde finales del XVIII dicha «cultura» ha experimentado en Cataluña o el País Vasco; cambios ligados en estos casos a las consecuencias del triunfo de las primeras fases de la industrialización.

1 Esta investigación forma parte del Proyecto Europeo PICASSO (H. F. 1996/0038), *Inmigration, modèles et structures urbaines comparées en Galice et en France, XVIe-XXe siècles*.

Abstract

In this paper an attempt has been made to identify the different migratory patterns from country to city which were generated in urban areas in Galicia between the XVIth and XXth centuries. In order to do this we have examined the behaviour of a series of enclaves which can be differentiated one from each other according to their functional character, size and geographical position. In the light of the results obtained a classification has been drawn up which, in practice, revolves around the link which each urban area had with the surrounding countryside. Also, we have endeavoured to establish the relationship which these migratory movements, which are stimulated by the cities, possess with their rhythms of population growth and with the variations of the internal characteristics and the intensity of these migratory movements according to the corresponding evolution of the north-west of the Iberian Peninsula. This has allowed us to identify the existence of a genuine «culture of mobility» and in a similar way to what happened in the interior of Spain this culture developed in a clearly pre-industrial context until well into the XXth century. This presents a contrast with the changes which the same culture underwent in Catalonia or the Basque Country; in these cases these changes are linked to the consequence of the triumph of the first phases of industrialisation.

Résumé

Dans ce travail nous avons essayé de déterminer les différents modèles migratoires de la campagne vers la ville en Galice dans la période XVIe-XXe siècles. Pour ce faire, nous avons examiné le comportement qu'ont suivi une série d'enclaves qu'on peut distinguer par leur fonction, leurs dimensions et leur situation géographique. À la lumière des résultats un classement a été réalisé à partir du lien que chaque ville a maintenu avec son monde rural périphérique. Nous avons établi le rapport des mouvements migratoires des différentes enclaves avec le rythme d'accroissement de la population, d'une part, et avec la variabilité de leurs caractéristiques et leur intensité, d'autre part, en fonction de la conjoncture régionale. Ceci permet d'observer l'existence d'une vraie «culture de la mobilité» qui, comme celle de l'Espagne de l'intérieur, s'est développée dans un contexte socio-économique absolument préindustriel jusqu'à bien entré le XXe siècle. Ceci s'éloigne de ce qui a été observé en Catalogne et au Pays Basque, où l'on trouve des changements qui sont en rapport avec le triomphe des premières phases de l'Industrialisation.

1. Introducción

Si en la década de los ochenta, la Mortalidad y la Historia de la Familia experimentaron un gran desarrollo en el terreno sociodemográfico, la de los noventa parece que va a caracterizarse por la atención que los demógrafos han venido prestando a las más variadas fórmulas de movilidad poblacional. Buena prueba de ello, es ese reguero de Coloquios, Conferencias y Encuentros, que se han venido celebrando durante estos últimos años, los cuales son ya de por sí una buena muestra del giro significativo que la investigación en Demografía Histórica ha ido experimentado hacia nuevos derroteros. Pese a ello, y pese a que en Galicia la movilidad, en especial la emigración, había sido tratada desde 1973 como una variable más en unos análisis acerca del régimen demográfico en los que se privilegiaba, antes que nada, todo lo referido al modelo matrimonial, su estudio no conocerá un nuevo impulso hasta 1989 (IV Coloquios de Metodología Histórica Aplicada, Poio-Pontevedra), sin que nadie pareciese preocuparse en aquel entonces por la inmigración urbana. Habrá pues que esperar a 1993-1994, a que se la aborde como un fenómeno demográfico que posee una entidad propia (E. Martínez, 1994).

Este relativo retraso de la investigación gallega en el estudio de los trasiegos humanos campo-ciudad, y viceversa, tiene fácil explicación. Bastaría simplemente con aludir al peso de lo rural en la historia de Galicia, en donde, y todavía a comienzos de este siglo, más del 70% de su población activa vivía del trabajo sobre explotaciones agrícolas de pequeño tamaño. En otras palabras, y en un mundo plenamente rural, era del todo lógico que la investigación de los años setenta y ochenta no privilegiase el estudio de la realidad urbana, máxime si se tiene en cuenta que, por ejemplo, aun en 1900 el porcentaje de habitantes que éste acogía en su seno ni siquiera alcanzaba al 11% del total de la población gallega (O. Rey, 1994: 103). Con todo, debe reconocerse que con anterioridad a 1993 hubo una serie de autores que se preocuparon por la inmigración urbana, sólo que en su caso, como en el de quienes en su momento se ocuparon de la emigración rural, no la convirtieron en centro exclusivo de su atención, puesto que los objetivos que pretendían cubrir con su investigación eran de muy diversa índole. De ahí que sus referencias migratorias se caracterizasen por la dispersión, el aislamiento o por hallarse contextualizadas en las más variadas perspectivas metodológicas o

interpretativas (J. E. Gelabert, 1982: 194; P. Saavedra, 1985: 85; B. Barreiro, 1990: 9; M. C. Saavedra, 1996: 235). En cualquier caso, nada nos impide ahora, con las lógicas prevenciones eso sí, reutilizarlas, no tanto con la intención de ofrecer una mera síntesis o una panorámica general del problema, cuanto con la de proceder a una valoración del mismo en el actual estado de nuestros conocimientos. De este modo, se sientan las bases para la elaboración de un esquema interpretativo que, en última instancia y sobre la marcha, tratará de encuadrar los diferentes patrones de conducta que irán aflorando entre los siglos XVI-XX, en el seno de las grandes líneas de investigación que ha marcado y definido el quehacer de los demógrafos europeos. Este es el sentido de nuestro esfuerzo, el cual no deberá impedirnos sin embargo, por un lado, poner de relieve el papel que la inmigración haya podido desempeñar en el crecimiento o en la mera supervivencia demográfica de las distintas ciudades y villas gallegas, y por otro, determinar si los trasiegos desencadenados por cada enclave son susceptibles de reducirse a una o más pautas de comportamiento, al objeto de establecer las oportunas comparaciones con las de otros ámbitos, sean estos peninsulares o continentales.

De cualquier modo, debe reconocerse que en Galicia llegamos al tema tras haber logrado un profundo conocimiento de la emigración rural, del funcionamiento de las migraciones internas entre 1500 y 1900, de los rasgos más sobresalientes de su estructura poblacional urbana, así como de algunas de sus principales claves demográficas (P. Saavedra, 1985: 85; A. Eiras, 1988; E. Martínez, 1990; I. Dubert, 1992a). Además de ello, sabemos ya de la secular dependencia que la ciudad ha venido mostrando del mundo rural, o, y dicho de otro modo, del grado de penetración y de dominio efectivo que el segundo ejercerá sobre la primera hasta fechas bien recientes. Algo que, por ejemplo, se pone de manifiesto, cuando se advierte que de una cuarta a una quinta parte de los hogares catastrados o empadronados por las autoridades municipales, declararán tener como principal fuente de ingresos el ejercicio de las tareas propias de un labrador o de un jornalero agrícola (Tabla nº 1).

En consecuencia, y salvo excepciones, éste va a ser un rasgo estructural en la vida socioproductiva de las ciudades gallegas y, como tal, se arrastrará desde los inicios de la Edad Moderna hasta los albores de la Época Contemporánea. Dicho rasgo explicará a su vez otros que contribuirán a caracterizar la práctica totalidad de

nuestros enclaves, caso de su pequeñez, de la baja tasa de urbanización o del tradicional basculamiento de la red urbana hacia las comarcas más occidentales, las más densamente pobladas. Teniendo presente esto, no será difícil mostrar como las distintas circunstancias históricas que concurren sobre cada urbe, en el sentido más amplio de la palabra, son las que desde una perspectiva migratoria generarán y modelarán las relaciones que ésta llegue a establecer a cada instante con el mundo rural circundante, y no, tal y como suele afirmarse, que hay tantas clases de migraciones como tipos de ciudades. Por este motivo, es aconsejable considerar las mencionadas circunstancias, para luego, y sobre su base, establecer lo que tienen o no en común los trasiegos generados a este nivel por los distintos enclaves, a la hora de determinar sus principales características migratorias en el curso de los siglos y de elaborar una tipología que las contemple y explique a un tiempo. Vayamos por partes.

TABLA 1

Porcentaje de dedicaciones profesionales de naturaleza rural en distintas ciudades gallegas, siglos XVIII-XX

	1708	1752	1897	1920
Santiago de Compostela	12.5	12.5	19.8 ¹	23.4
Orense		16.3	19.0	17.4 ²
Lugo		13.5	26.3	30.5 ²
A Coruña		4.1 ³		20.4
El Ferrol		13.6 ⁴		
Monforte	21.1	27.5		28.8
Muros de S. Pedro	15.7		16.5	11.0

¹ Datos referidos al Padrón Municipal de 1860. ² Datos referidos al Padrón Municipal de 1915. ³ Datos referidos a los cabezas de casa avecindados a intramuros. ⁴ Datos referidos al Catastro de Ensenada, sin recoger la población flotante.

2. La inmigración a las ciudades tradicionales en la Galicia, siglos XVI-XIX

a) *De los inicios del XVI a mediados el siglo XVIII.*

Por si no hubiesen sido suficientes los comentarios realizados en su día por A. Perrenoud, el comportamiento, así como los resultados de la inmigración urbana gallega durante este período, son

uno más de los argumentos que contribuirán a cuestionar las afirmaciones realizadas por A. Sharlin respecto a la importancia que en la tasa de crecimiento urbano deberían de haber tenido las aportaciones poblacionales de los naturales frente a las de los foráneos. Una importancia que, en su opinión, se haría evidente en el hecho de que las urbes no tendrían porque conocer declive demográfico alguno en ausencia de inmigración (A. Sharlin, 1978; A. Perrenoud, 1982). Frente a ello, el auge experimentado por Santiago de Compostela entre 1500 y 1560 sólo puede ser explicado coherentemente gracias a la existencia de un importante flujo migratorio, el cual se intuye, y con no pocas prevenciones, gracias a indicadores indirectos tales como la solicitud de cartas de vecindad por parte de quienes fueron sentando plaza en su seno durante esos años (J. E. Gelabert, 1982: 201). Por esta vía, se consigue captar la relevancia de un fenómeno que, hasta 1560 y atendiendo al carácter socialmente selectivo de la fuente, bien podría ser considerado como la punta de un iceberg, y, como tal, nos pondría sobre aviso acerca de la existencia de un movimiento de fondo de mayores dimensiones y trascendencia. De hecho, el momento álgido en la demanda y concesión de dichas cartas tiene lugar en los años que mediaron entre 1550 y 1560, durante los cuales por otra parte, Compostela alcanzó su «optimum» demográfico dentro del siglo XVI. A partir de ese momento, la ciudad entró en una fase de decadencia semejante a la experimentada por los enclaves urbanos castellanos; un declive que coincidirá, aquí como allí, con la ralentización de estos, y quizás de otros, flujos migratorios, a medida que la crisis finisecular del XVI vaya desplegándose sobre la Tierra de Santiago (J. E. Gelabert, 1990: 138).

La situación parece haber comenzado a cambiar con la llegada del nuevo siglo, de tal modo que a finales de la década del 1600, la impresión que la ciudad ofrece a sus contemporáneos es la de ser un núcleo muy poblado, en cuya recuperación parece haber jugado un importante papel la continua arribada de forasteros (J. Del Hoyo, 1607: 42). Santiago volverá a ser pues una urbe llena, entre otros, de jóvenes de ambos sexos venidos de las comarcas vecinas, con la intención de buscar acomodo en un ámbito que no sólo será el lugar de residencia privilegiado por los grupos sociales de la élite del entorno, sino también sede de importantes instituciones rentistas

laicas y eclesiásticas (Catedral, Universidad, Hospital Real, Conventos, etc.). Estos trasiegos campo-ciudad irán cobrando fuerza a medida que se produzca la recuperación del mundo rural circundante en particular, y de la Galicia occidental en general, en especial más allá de 1610-20, una vez que sobre su población comiencen a dejarse sentir los efectos derivados de la introducción del maíz en el esquema productivo de la zona (A. Eiras, 1984: 395). En suma, Santiago se comportará a este nivel como una ciudad preindustrial clásica, esto es, como un centro de consumo cuya vitalidad estará en estrecha relación con la productividad agraria de las áreas rurales colindantes, así como con la concentración de excedentes que consiga asumir en tales o en cuales momentos de su historia, de los que, en última instancia, dependerá su capacidad de atracción real sobre las gentes de su hinterland más próximo (P. Hohemberg, 1985: 107).

Un proceso semejante está sucediendo más al norte, en la vecina A Coruña durante el reinado de Felipe II, en donde, y gracias a una hábil explotación de fuentes elaboradas sin seguir criterios uniformes, es posible apreciar como tras alcanzar su «optimum» demográfico hacia 1570, esta urbe iniciará luego un declive, que el ataque inglés de 1589 no hará sino acelerar (M. C. Saavedra, 1989: 27). Es este el momento en el que se constata que si la ciudad ha venido creciendo hasta 1570, es porque en ella ha tenido lugar un cierto trasvase de población desde los cotos rurales vecinos; de la misma manera que el movimiento inverso, de salida, desarrollado con posterioridad a 1580, se operará en beneficio de los mencionados cotos. Como puede apreciarse, y al igual que en Santiago, estas idas y venidas parecen sucederse al compás de una determinada coyuntura. Es por eso que para su correcta comprensión debemos situarlas en un contexto más amplio, como el que por ejemplo subyace bajo la idea de desurbanización demográfica de las ciudades castellanas esgrimida y defendida por J. E. Gelabert (1990: 159) y J. I. Fortea (1995: 40), quienes han venido insistiendo en que su declive fue debido a una compleja combinación de factores en la que intervinieron la crisis agraria finisecular del XVI, la excesiva presión fiscal de la Corona en los años siguientes y la desindustrialización que de todo esto va a derivarse. Consecuencia de ello, será la salida de una parte de sus habitantes hacia el campo, en donde estarán en mejores condiciones para resistir, por un lado, el impac-

to de la citada crisis, y por otro, el agobiante peso de la fiscalidad real. Del mismo modo, en Galicia asistiríamos también, sólo que a pequeña escala, a esta redistribución espacial de la población durante el siglo XVI. Y esto porque, todos los indicios barajados apuntan a que dicha redistribución invertirá nuevamente su sentido más allá de 1600 (P. Saavedra, 1985: 86; I. Dubert, 1992a: 26; M. C. Saavedra, 1996: 235), tal y como, por ejemplo, lo pone de manifiesto la recuperación demográfica que experimentada en A Coruña por estas fechas, de la cual hay que decir, sin embargo, que se encuentra en estrecha relación con el papel político, militar y administrativo, que la Corona atribuirá a la ciudad en los años siguientes. Este claro apoyo institucional hará que las bases que sustentan esa recuperación se diferencien netamente de las que lo hacen en Santiago de Compostela, donde tras 1610-20 se sostendrán tan sólo sobre las consecuencias que se derivan de los cambios experimentados por la coyuntura agrícola, lo que sin duda contribuirá a otorgar a A Coruña una cierta singularidad en la Galicia del momento, a la vez que le permitirá definir de un modo muy particular su relación con los pobladores de las comarcas vecinas o con gentes de otras procedencias (M. C. Saavedra, 1996: 235). En cualquier caso, sea que hablemos de Santiago, A Coruña o Vigo, no dejará de ponerse de manifiesto en estos momentos, una y otra vez, la importancia que en el desarrollo de estos enclaves tuvieron los flujos migratorios con anterioridad y posterioridad a 1560-1570, hasta el punto de constituirse en uno de los elementos que contribuyen a explicar su dinámica poblacional.

Llegado el siglo XVII, A Coruña y Santiago desarrollarán entonces lógicas migratorias diferentes, como también serán diferentes las bases que las animan, a pesar de que, paradójicamente y a grandes rasgos, las consecuencias demográficas que los trasiegos campo-ciudad propiciarán en ambos casos tiendan a ser muy semejantes entre sí. En este sentido, convendría no perder de vista el que quizás haya sido su rasgo más sobresaliente: la coincidencia habida entre sus fases de esplendor y decadencia poblacional con las de expansión y crisis por las que atraviesa la economía agrícola de sus respectivos hinterlands. Un comportamiento que no dejará de recordarnos a algunas de las propuestas que P. Hohemberg y L. H. Lees hicieron en su día para explicar el funcionamiento del fenómeno urbano en la Europa preindustrial (1985: 114). No obstante,

y a pesar de que sus argumentaciones forman parte de un modelo interpretativo más amplio, sus premisas básicas parecerían servir sin embargo para explicar lo sucedido en las urbes gallegas de los siglos XVI y XVII. Con todo, A Coruña se desvincularía en parte de lo expuesto en dichas premisas, puesto que, y a diferencia de Santiago, además de beneficiarse de la evolución de la coyuntura agrícola de la Galicia occidental, lo hará también de los privilegios recibidos de la monarquía de los Austrias. Aunque, y dejando a un lado este hecho concreto, el comportamiento migratorio desencadenado por ambos núcleos coincidirá en lo básico con las ideas implícitas en dicho modelo, dado que ante una coyuntura favorable, o lo que es lo mismo, hasta 1570 o con posterioridad a 1610-20, es posible asistir a un trasvase real de rentas raíces del mundo rural al mundo urbano que tiene la virtud de estimular la actividad socioeconómica de este último, generándose de este modo una serie de expectativas para las gentes de las feligresías vecinas, quienes con su arribada, temporal o definitiva, acabarían por ser, a corto y medio plazo, un factor añadido a su crecimiento demográfico. Por el contrario, y ante una coyuntura adversa, es decir, a partir de 1580, la caída habida en los niveles de vida de los grupos sociales rentistas, la carestía, las alzas de precios, el paro, etc., serán los responsables directos de la pérdida del atractivo que los mercados laborales urbanos habían venido ejerciendo sobre las poblaciones del entorno, todo lo cual se traducirá en la vuelta de los emigrados rurales más o menos recientes hacia sus lugares de origen. En cualquier caso, en la Galicia de los siglos XVI y XVII, estas idas y venidas se explicarán además por la escasa entidad económica, social y poblacional, de sus ciudades, así como por el hecho de que para sus potenciales inmigrantes, los beneficios materiales que puedan llegar a obtener de ellas nunca dejarán de ser considerados como recursos complementarios a aquellos que, de una naturaleza básica y esencialmente agraria, contribuyen en la práctica al sustento diario de sus grupos domésticos de procedencia.

Expresado de este modo, el funcionamiento de estos trasiegos podría parecer demasiado mecánico, y hasta simplista en exceso, máxime cuando se elude afrontar con detenimiento, en parte debido a la escasez y a las peculiaridades de las fuentes de este período de la Edad Moderna gallega, cuestiones tales como la correlación

espacial y temporal que habría entre pérdidas urbanas y ganancias rurales, y viceversa. Algo en lo que no vamos a entrar, pese a haberlo planteado, por no ser éste uno de los objetivos que se pretenden cubrir con este trabajo, dejándolo pues para una mejor ocasión. Más importante, y en línea con lo expuesto, nos parece señalar el que las claves que animan el comportamiento migratorio de Santiago o A Coruña, parecen no haber cambiado más allá de los inicios del siglo XVII respecto a lo sucedido en los dos primeros tercios del XVI. Esto será debido, recordémoslo, a las modificaciones operadas a nivel productivo y poblacional en el ámbito rural de la Galicia occidental con posterioridad a 1610-20, en concreto, tras la paulatina adopción, extensión y popularización del maíz entre el campesinado. Dichas modificaciones contribuirán entonces a reforzar la peculiar relación que hasta ese momento habían venido manteniendo esas ciudades con las poblaciones de las comarcas rurales próximas, razón por la cual, y en el marco de una coyuntura alcista, la inmigración urbana seguirá desarrollándose conforme a un patrón de conducta enmarcable, en líneas generales, por las premisas básicas del esquema elaborado por P. Hohemberg (1985: 117). Si cabe, la única diferencia con dicho esquema, así como con lo que está sucediendo en el mundo castellano por estas fechas, es que el siglo XVII no se caracterizará aquí por la existencia de una desurbanización creciente que sitúe su origen en la crisis agrícola, o lo que es lo mismo, en la caída de ingresos experimentada por los sectores sociales perceptores de rentas raíces instalados en las distintas urbes del país. En consecuencia, y en una fase de expansión como la que se abrirá a partir de 1610-20, no habrá que buscar nuevas explicaciones a un fenómeno migratorio que, y una vez desatado, seguirá teniendo como objetivo una serie de enclaves que verán reforzado su carácter tradicional, por continuar siendo asiento de instituciones y grupos sociales de clara vocación rentista, entorno a los cuales seguirá girando buena parte de la vida económico-social urbana, pero también las idas y venidas de unos y otros desde las comunidades rurales cercanas.

b) De mediado el siglo XVIII a los primeros años del XX

Todo cambia al llegar el XVIII, cuando el impulso que supuso la introducción del maíz comience a agotarse, cuando más allá del pri-

mer tercio del siglo comiencen a percibirse en el horizonte los primeros signos del enrarecimiento que afectará a la coyuntura agrícola gallega. Sin embargo, y a pesar de ese enrarecimiento, la inmigración que convergerá sobre las ciudades tradicionales seguirá teniendo la misma fuerza que antaño, al margen incluso de la intensidad o de la relación que en el seno de sus alfoces hayan establecido entre sí los distintos niveles de movilidad poblacional allí existentes (inmigración/emigración). Aunque, tal y como hemos puesto de manifiesto en anteriores trabajos, es este último un tema complicado, ya que si por un lado existe una cierta vinculación entre el enclave que propicia la corriente migratoria y los beneficios que reporta la inmigración urbana a los lugares de origen de quienes participan en ella, expresada desde la óptica en la que nos movemos bajo la forma de una emigración más laxa, por otro, dicha vinculación no es generalizable a todo el espectro urbano gallego (I. Dubert, 1997a: 209). Así, por ejemplo, la acción combinada de Santiago, Ferrol o A Coruña, sobre sus respectivos hinterlands poblacionales se ha venido saldando con el menor impacto que tradicionalmente en ellos ha tenido la emigración exterior, mientras que por el contrario, en Tui, Pontevedra, Vigo o en las pequeñas villas de la orla costero occidental, como Muros, Noia, Rianxo..., pongamos por caso, esto no ha sido así. Y ello por no hablar de lo sucedido en los núcleos urbanos de la Galicia interior, caso de Lugo o de Monforte de Lemos, cuyo ámbito de influencia a este nivel se extiende sobre alfoces poco poblados, y, en consecuencia, poco propensos ya de por sí a que tenga lugar en ellos algo más que no sea una emigración temporal o estacional (Mapa n 1). Pero no adelantemos conclusiones, y veamos a continuación cual ha sido el papel de la inmigración urbana más allá de la XVIII/2 en varios ejemplos de ciudad tradicional, situados en ámbitos bien distintos de la geografía gallega, tanto en lo económico como en lo poblacional. Es entonces cuando se pondrá de manifiesto como las similitudes que puedan establecerse entre ellas, serán debidas más a ese carácter tradicional al que venimos haciendo mención, que a la relación que entre sí lleguen a establecer los distintos niveles de movilidad poblacional de sus alrededores ante una coyuntura que paulatinamente se endurece.

Y es que en este contexto, el protagonismo secular de la inmigración urbana que encontraremos en los casos de Mondoñedo, Monforte, Lugo, Ourense, Santiago o Tui, denotará en todo momen-

to la existencia de una relativa y continua complementariedad poblacional campo-ciudad. Hecho éste, que por sí sólo establece ya una sensible diferencia, por ejemplo, respecto a lo que sucedía en Santiago o A Coruña durante el XVI y buena parte del XVII. Así, desde los comienzos del XVIII, y frente a lo ocurrido en esos dos ejemplos que acabamos de citar, tanto en las fases de crisis como en las de bonanza, esto es con anterioridad y posterioridad a 1780, la importancia de estos trasiegos humanos demostrará ser fundamental para explicar su mera supervivencia como tal núcleo urbano o bien su, al fin y al cabo, moderado crecimiento demográfico a lo largo de más de un siglo y medio de historia al que vamos a enfrentarnos a continuación. Algo que se pone de manifiesto al estudiar el comportamiento migratorio expresado por una pequeña villa de la Galicia interior como Monforte de Lemos, que con 462 vecinos en 1752, guarda ahora en común con las demás ciudades mencionadas al inicio del párrafo algo más que el hecho de ser un centro que capitalice el drenaje de las rentas agrícolas procedentes del campo circundante, la residencia de sectores de élite de la zona o el lugar de asiento de un buen número de instituciones rentistas de naturaleza laica o eclesiástica (Colegio de Jesuitas, un monasterio, tres Conventos y un Hospital del Espíritu Santo); guarda en común un marcado carácter tradicional, el cual debe hacerse extensivo a los vínculos poblacionales que la unen, a todos los niveles que quieran señalarse, con un mundo rural en el que, literalmente, se halla sumergida (I. Dubert, 1992a). Así, por ejemplo, a mediados del siglo XVIII la villa se verá sacudida por una serie de crisis de mortalidad (1754, 1760, 1761, 1770 y 1775), responsable en gran medida de una pérdida de población cifrada en un 18% entre 1752 y 1787. La respuesta dada a la situación creada pasa, en unos casos, por contestar dicha pérdida desde el interior de los agregados domésticos, mientras que en otros, por una intensificación de las distintas corrientes migratorias que convergerán sobre Monforte desde finales de la década de 1750. De esto último tenemos constancia, por ejemplo, a través del ascenso experimentado por los matrimonios que involucran cuando menos a un cónyuge forastero, unos enlaces nupciales que llegarán a suponer en los peores momentos de su vida demográfica, esto es, entre 1760 y 1779, casi una de cada dos uniones (1730-9: 24.8%; 1740-9: 25.6%, 1750-9: 32.2%, 1760-9: 54.1%, 1770-9: 42.8%, 1780-9: 35.7%).

Como puede apreciarse, y a diferencia de lo que sucedía en Santiago, A Coruña o Vigo durante el período anterior, la inmigración tiene ahora la difícil misión de restañar las deficiencias poblacionales que la villa acusará, en concreto, a partir de 1754. Buena prueba de ello, es que un 41.3% de los matrimonios allí celebrados entre 1760 y 1810 tiene cuando menos como uno de sus cónyuges a una persona de origen extraurbano. Estos enlaces se producirán en uno de los momentos más difíciles de su vida poblacional, si bien es cierto que, como en Mondoñedo, y en la larga duración, coincidirán también con los cambios que desde 1770 se están operando en la mortalidad infantil de la villa (P. Saavedra, 1985 : 87). Hecho éste que, y en las circunstancias mencionadas, no hará sino incrementar la importancia de esta corriente migratoria a la que venimos refiriéndonos, más aun cuando sobre ella se superpongan otras que, desembocando en Monforte, contribuirán a delatar una vez más su carácter de urbe tradicional, al tiempo que establecerán la especificidad de estos trasiegos campo-ciudad frente a otros que de semejante naturaleza están teniendo lugar en la Península Ibérica o en el continente (M. W. Flinn, 1981: 65; E. Camps, 1993: 22; G. Levi, 1971: 525; E. François, 1985). En este sentido, nada indica, ni en el valle que encabeza, ni en sus inmediaciones, la existencia de una presión exagerada de la población rural sobre los recursos agrícolas de la zona. Es más, los indicadores barajados al respecto nos refieren a un mundo que, desde esta perspectiva y a mediados del siglo XVIII, se caracteriza por estar poco poblado, con densidades que, en el peor de los casos, no irán más allá de los 30 habitantes por Km², tal y como sucede al Norte y Este de dicho valle, mientras que en el mejor bordearán los 55-60, caso de lo acontecido en el Sur y Sudoeste (I. Dubert, 1992b: 53). De la misma manera, nada indica el desarrollo sostenido de un proceso de protoindustrialización rural en el que la villa se halle plenamente involucrada, con todo lo que de ello se derivaría, y menos aun que cuando este proceso exista, dé lugar a un éxodo rural semejante al que propiciará en otros ámbitos urbanos (J. P. Poussou, 1988b: 183; I. Dubert, 1997a: 238; E. Camps, 1987: 57).

Una de esas corrientes a la que nos hemos referido, es aquella compuesta por mujeres venidas a trabajar en el servicio doméstico: en 1708 son el 70.4% del mismo, en 1752 el 75.2%, y en 1761 el 80%, quienes, y a semejanza de lo ocurrido en las pequeñas ciudades de

la España interior (D. S. Reher, 1990: 254), tendrán su parte de responsabilidad en los desequilibrios habidos en la composición sexual de la población monfortina, y de los que son una muestra clara el que, por ejemplo en 1787, la soltería femenina definitiva sea de un 29.3%. Aunque sin duda alguna, y como tal corriente, es mucho más interesante el que con posterioridad a 1750 parezca querer contraerse (en 1708 son el 7.6% del total de la población, en 1752 el 9.6% y en 1761 el 8.7%), coincidiendo, por un lado, con el deterioro que conocerá la vida sociodemográfica urbana, y por otro, con la vitalidad que otro tipo de trasiegos humanos campo-ciudad comenzarán a experimentar a partir de la década de 1750. En cualquier caso, puede afirmarse sin temor que durante los dos primeros tercios del XVIII uno de cada diez habitantes de la villa trabajará en el servicio doméstico, y si bien es cierto que en la larga duración hay una tendencia neta a su feminización, hasta el punto de que entre 1890 y 1920 nueve de cada diez personas dedicadas a estos menesteres son mujeres, no lo es menos que tras la llegada del ferrocarril (1885), y la consiguiente diversificación de la oferta de trabajo, su número tenderá a reducirse paulatinamente (1897: 4.4% del total de población, 1920: 2.1%).

Será a partir de 1860-70 cuando vaya a darse un cambio real en la naturaleza interna de su inmigración, en concreto, tras la construcción de la carretera que une a Monforte con Lugo, del inicio de las obras que buscan aprovechar las aguas del río Cabe para el riego de los campos, pero sobre todo, de la ya mencionada llegada del ferrocarril. Dicho cambio irá teniendo lugar a medida que se transforme la estructura socioproductiva de la villa; una transformación que, y en contra de lo que cabría esperar, se distinguirá por su extrema lentitud, la cual debe interpretarse, en pocas palabras y a riesgo de simplificar, como una muestra de las resistencias habidas en el seno de una sociedad y de una economía plenamente rurales a la modernización (M. X. Rodríguez Galdo, 1996: 374; J. P. Poussou, 1988b: 200). Prueba de ello, la tenemos en que aquella cifra del 41.3% de matrimonios que entre 1760 y 1810 involucraban cuando menos a un cónyuge forastero, es, salvadas las distancias metodológicas y heurísticas, muy semejante a ese 41-42% de hogares que en 1897 o en 1920-24 tienen a su cabeza a una persona con un origen extraurbano. A pesar de esto, y de que a finales del XIX sólo una pequeña parte de la población monfortina se vin-

culará a los nuevos oficios generados por el ferrocarril, tal y como lo demuestra la escasa variación habida en las dedicaciones agrarias de la villa desde comienzos del siglo XVIII (Tabla nº 1), o a los que surgirán a raíz de la especialización de ciertos sectores del comercio y de la administración, el mencionado cambio estriba en que ahora, y al lado de una inmigración campo-ciudad afrontada de manera individual, es posible encontrar ya una de carácter netamente familiar, en la que participará el grupo doméstico al completo. En el mismo sentido, habría que mencionar también la progresiva incorporación a las tramas vitales y sociales de la villa de gentes procedentes de otros ámbitos de la Península Ibérica, tal y como lo pone de manifiesto el descenso operado en el número de inmigrantes de origen gallego, quienes en términos reales pasan de ser nueve de cada diez a finales del XVIII, a dos de cada tres a lo largo del primer tercio del siglo XX (1760-1810: 96.4%, 1897: 71%, 1920: 59.4%).

En suma, Monforte, nos proporciona una clara idea de la importancia que para su supervivencia y desarrollo demográfico ha tenido la inmigración en el curso de los siglos XVIII y XIX, además de que, por un lado, la complementariedad poblacional campo-ciudad será tanto más intensa cuanto mayores sean las pérdidas humanas registradas en su seno, y por otro, que estas idas y venidas experimentarán tras 1885 un cambio acelerado en su naturaleza por las razones expuestas. Pero tan importante como todo esto, será que esa complementariedad anotada no se difuminará aquí, como tampoco lo hará en otras comarcas del país con peculiaridades bien distintas, en razón de los caracteres estructurales que conforman el poblamiento del interior gallego. Prueba de ello, es que dicha complementariedad volverá a aparecer al proceder a un análisis de las pautas migratorias de Santiago de Compostela, enclave situado en el ámbito noroccidental, el cual nos ofrecerá en este sentido respuestas claras y contundentes a este problema que acaba de plantearse, una vez que se vea en la necesidad para sobrevivir como tal enclave, de extender su radio de influencia sobre un área geográfica cuyo poblamiento en poco o en nada se parece al del interior (I. Dubert, 1922b: 53).

En el curso de su historia, Santiago no se vio afectada por un proceso de capitalización o de industrialización que llegase a transformar de una manera palpable, las condiciones por las que discu-

rría el juego de relaciones socioeconómicas que tenían lugar en su seno, y menos aun los cauces por los que se había venido desarrollando su relación con las comarcas vecinas. En consecuencia, como Monforte o Mondoñedo, la ciudad estuvo sujeta a una intensa influencia de sus ritmos agrarios, tal como lo demuestra el hecho de que el porcentaje de cabezas de familia que dicen tener una dedicación rural tiende a incrementarse con el paso del tiempo (Tabla nº 1). Desde esta perspectiva, no deja de resultar llamativa la incidencia que la inmigración tuvo en el desarrollo de su vida poblacional, más aun que la de la emigración que desde la urbe pudiera haberse llevado a cabo hacia otros destinos (E. Martínez, 1989: 37; R. López, 1989: 188). Al respecto, E. Martínez advertía hace ya algunos años de la escasa entidad que llegaron a tener este tipo de salidas frente a la relevancia que parecían mostrar las entradas, al constatar, en este sentido y por diferentes vías, la intensa renovación demográfica en la que se encontraba envuelta Santiago entre el último cuarto del XVIII y la primera década del XIX (E. Martínez, 1989: 38 y 1994: 482). Ciertamente que dicha renovación no será equiparable a la experimentada por enclaves europeos tales como Lyon, Milán, Caen, Ginebra, Londres o Burdeos, pero no por ello dejará de tener una cierta transcendencia, tal y como lo pone de manifiesto que un 43.3% de los varones y un 35.3% de las mujeres bautizadas en Compostela de 1770 a 1810 tengan, cuando menos, como uno de sus progenitores a un forastero. Por otra parte, ni en los peores momentos de su vida demográfica, como fueron los años que siguieron a 1840, renunció la ciudad a los beneficios que le reportaba la llegada de gentes venidas en su mayor parte de las comarcas próximas. Y así, no lo hará ni siquiera al término de una década en la que las economías campesinas de la zona empezarán a conocer numerosas dificultades derivadas, en unos casos, de la implantación de un nuevo régimen fiscal (1847), mientras que en otros, de las sucesivas crisis agrícolas que seguirán a 1852 (M. X. Rodríguez Galdo et al., 1981: 13; R. Vallejo, 1994: 265), las cuales situarán a la urbe al borde de un auténtico colapso demográfico, tal y como lo prueba la evolución de sus tasas de crecimiento intercensal anual (1787-1842: 3.67 por mil, 1860-77: 0.96, 1877-87: 0.55, 1887-97: 0.14, 1897-1910: 0.94, 1910-20: 4.89); un colapso que en cualquier caso sólo logrará evitarse gracias al papel desempeñado por la inmigración.

Ese cuasi estancamiento demográfico se hará extensible por esos años a todas y a cada una de las distintas facetas de su vida económica, llegando incluso a bloquear el que debiera de haber sido su «natural» desarrollo urbano. Son pues momentos difíciles, en los que una vez más se pondrá de relieve su estrecha relación con el entorno rural más próximo, no tanto porque la crisis por la que éste atraviesa repercute ahora directamente sobre ella, sino, y lo que nos parece más significativo, porque Santiago, a semejanza de lo sucedido en Monforte durante la XVIII/2 o en Mondoñedo hasta 1780, sobrevivirá gracias a la intensificación real y efectiva que conocerán las corrientes migratorias que parten de las comunidades rurales que conforman su hinterland poblacional. Así nos lo indica, por ejemplo, el que la presencia de inmigrantes en la jefatura de sus agregados domésticos pase de ser un 41% en 1860 a un 53% del total en 1920, o la paulatina y progresiva ampliación que conocerá su capacidad de atracción sobre gentes que habitan en feligresías cada vez más alejadas (Mapa nº 1). En este último caso, la ciudad llevará adelante una estrategia que hundirá sus raíces en el curso de un proceso que, continuándose desde el último cuarto del XVIII, se verá culminado en el primer tercio del siglo XX con la extensión de su «pulmón demográfico» a un 13% del territorio gallego. En este sentido, y a partir de un núcleo original, dicho pulmón habría ido ganado en consistencia, en espesor, hasta el punto de multiplicarse por dos entre 1770 y 1920, en paralelo, por un lado, y por paradójico que parezca, a la difícil coyuntura por la que están atravesando las comarcas que le dan vida, y por otro, a la necesidad de ofrecer una respuesta a las evidentes carencias poblacionales que aquejarán a Santiago, a partir de la década de 1850.

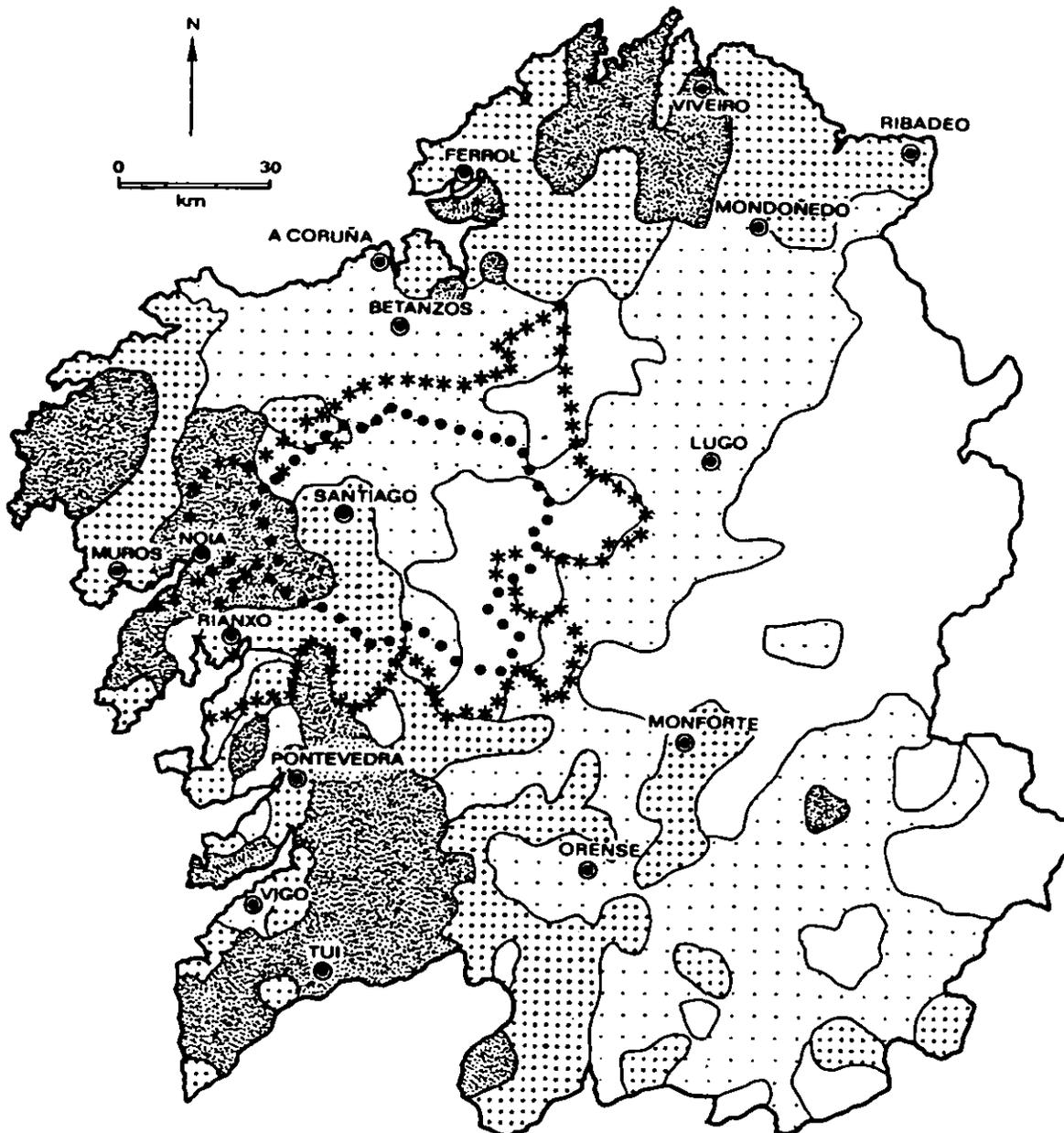
La incorporación que Compostela realiza de nuevas áreas geográficas a su cuenca poblacional, se produce, desde una óptica demográfica, a costa de lugares poco densos, poco poblados, situados preferentemente en las estivaciones montañosas, cuando no en la misma Dorsal Galaica. En consecuencia, y en los ciento cincuenta años que median entre 1770 y 1920, se evita la integración a esa cuenca de los territorios que la bordean por el sudoeste, en dirección a las Rías, a la costa occidental, distante de Santiago no más de 60-70 Km., cuyas densidades superan los 100 habitantes por Km², afectada por una intensa emigración exterior que tiene otros puntos de destino que la misma ciudad. Este hecho nos sitúa ante el

problema de la existencia de un comportamiento migratorio diferente entre áreas geográficas relativamente próximas, lo cual no deja de llamar nuestra atención, sobre todo si se tiene en cuenta que el pulmón demográfico compostelano estará medianamente poblado frente a lo sucedido en las comarcas costeras (1752: 51-55 hb/Km², 1860: 58, 1920: 68), o que, y según se desprende de sus relaciones de masculinidad (1752: 85-90, 1860: 80, 1920: 79), su emigración puede calificarse sin temor de escasa o baja (O. Rey, 1994: 92). Esta constatación nos llevó en su día a preguntarnos si ello era debido a causas meramente poblacionales, con todo lo que esto significaría a nivel económico-social, o si, por el contrario, era más bien el resultado directo de una actuación de la ciudad sobre su hinterland, a través de los beneficios económicos que de ella salían tras haber recibido del campo circundante una parte significativa de sus rentas raíces, gracias al funcionamiento activo de cadenas migratorias que en este caso unen estrechamente lo urbano con lo rural (I. Dubert, 1997a: 213). Ante esa disyuntiva, los indicadores barajados inclinaban la balanza en favor de la segunda opción, en favor de la posibilidad de que Santiago fuese uno de los elementos que contribuyese a explicar, tanto el escaso poblamiento de su alfoz como la escasa fuerza que en él llegaría a tener la emigración exterior. En este sentido, por ejemplo, la simple diferencia salarial, de hasta un 58%, habida en 1896-97 entre los jornales agrícolas y los pagados en la capital de la provincia, A Coruña, debería de ayudarnos a comprender, junto a su carácter tradicional como ciudad, y lo que de éste se deriva como sede de importantes instituciones y grupos sociales rentistas, el protagonismo alcanzado en el curso de ese proceso. Por otro lado, aunque eso sí, acudiendo a argumentos explicativos de distinta naturaleza, algo semejante habría que decir respecto a lo que ahora está sucediendo más al norte, en los alfoces poblacionales del Ferrol o de la misma A Coruña, los cuales, a este nivel, y a buen seguro, se están beneficiando de una dinámica semejante a la encontrada en la cuenca poblacional compostelana (Mapa nº 1).

Junto a los jóvenes que van y vienen, la figura del inmigrante instalado en Santiago, temporal o definitivamente, de manera especial a partir del último tercio del XIX, se caracterizará por ser una persona madura, de entre 26 y 28 años (id. M. Arbaiza, 1994: 119; D. S. Reher, 1990: 258), procedente en nueve de cada diez ocasiones

MAPA 1

Evolución del pulmón demográfico compostelano (1720-1920), y áreas de emigración en 1920.



60-69 Emigración fuerte
 70-79 Emigración moderada
 80-89 Emigración baja
 + 90 Emigración escasa o nula

ÁREA DE RECLUTA
 1770-1800(*)
 ***** 1920

(*) Fuente: E. Martínez Rodríguez et al. «Inmigración urbana...» op. cit., pp. 49

de un ámbito territorial muy próximo, del que suele venir movido por la existencia previa de relaciones familiares, de vecindad o profesionales, es decir, de relaciones con individuos ya instalados en el tejido urbano. Además, por norma general, poseerá un cierto nivel de cualificación profesional, de preparación, la suficiente la menos como para poder integrarse en su trama socioproductiva sin que ésta se desdibuje por ello. Tan importante como todo esto, es el hecho de que ahora, como en Monforte o en otras urbes peninsulares, será ésta una inmigración de carácter familiar, puesto que suele involucrar en la mayoría de las ocasiones a un núcleo doméstico constituido cuando menos por un padre, una madre y un hijo. Así, entre el último tercio del XIX y el primero del siglo XX, es normal que al llegar a Compostela dos de cada tres de estos hogares posean una forma nuclear, mientras que sólo uno de cada diez estará constituido, respectivamente, por solitarios o por fórmulas de convivencia multigeneracionales. Estos promedios contrastan con los encontrados en las ciudades fabriles catalanas, en donde, y en el marco de una movilidad poblacional mucho más intensa, los solitarios llegarán a ser el 34% del total de los agregados domésticos de los inmigrantes que en algún momento de su vida se acercan a ellas (E. Camps, 1992: 236). Esta diferencia es lógica, ya que en Santiago, como en Monforte o Mondoñedo, estos trasiegos humanos nada tienen que ver con la relocalización o la mecanización de la industria, máxime cuando las primeras fases del proceso industrializador gallego, y frente a lo sucedido en Cataluña o en el País Vasco, se cierran con un claro fracaso hacia 1860. Además, aquí lo industrial, o mejor, lo protoindustrial, no pasará nunca de ser considerado una fuente de ingresos complementaria a la principal: de clara naturaleza agrícola, tal y como lo muestra el que todavía a comienzos del siglo XX, de seis a siete cabezas de familia sean censados como campesinos en el mundo rural. Por esta razón, no cabría aquí traer a colación los dos grandes modelos interpretativos a los que tradicionalmente suele acudir para explicar la capacidad de atracción urbana, puesto que ni Santiago, ni Mondoñedo, ni Monforte, desarrollarán una lógica productiva que pivote sobre un sistema industrial plenamente consolidado, y menos aun sobre la dinámica que cabría esperar deberían de haber desencadenado las primeras fórmulas protoindustriales (E. Camps, 1993: 24; X. Carmona, 1992: 206; I. Dubert, 1997a: 237; A. Eiras, 1984-85: 184).

Sin embargo, lo realmente sorprendente de estos enclaves tradicionales, es que poco o nada haya cambiado desde los inicios del siglo XX hasta hoy día, de manera especial en aquello que se refiere a las migraciones campo-ciudad. Así, por ejemplo, ha podido constatarse la pasmosa continuidad habida en los intercambios migratorios que Santiago mantiene con las comarcas rurales que forman parte de su cuenca demográfica hacia 1965, cuando un 48.4% de sus habitantes digan tener en esos momentos un origen extraurbano, una cifra ésta que en 1995 se incrementará hasta ser de un 52.6% (J. M. Aldrey, 1997: 162). En cualquier caso, no deja de ser realmente llamativo que estos indicadores porcentuales se asemejen a los encontrados por nosotros, bien es cierto que a otro nivel, en el tránsito del siglo XIX al XX, o a aquellos que en su día sirvieron para establecer su grado de renovación demográfica durante el último cuarto del XVIII. Aunque más significativo será sin duda, el que la inmensa mayoría de estos inmigrantes proceda de áreas geográficas cercanas, de comarcas que, en líneas generales y a grandes rasgos, resultan ser las mismas desde hace cien y hasta doscientos años (J. P. Poussou, 1988b: 118). Poco importa pues el tiempo transcurrido o la terciarización experimentada por la estructura ocupacional compostelana a partir de 1960-1970, al fin y al cabo, las zonas de expulsión seguirán siendo básicamente rurales, tal y como lo pone de relieve el que dos de cada tres declaraciones profesionales realizadas en 1965 por los habitantes de dichas zonas correspondan a labradores o a jornaleros agrícolas. De todo ello, cabe deducir que ni siquiera bien avanzado el siglo XX, Santiago, al igual que muchas otras urbes tradicionales, podrá liberarse de la influencia que sobre sus ritmos vitales ejercerá el mundo rural circundante.

Como ha podido apreciarse, muchas son las coincidencias habidas en los trasiegos humanos campo-ciudad existentes entre núcleos urbanos de distinta entidad, funcionalidad, localización geográfica o tamaño. En común mostrarán esa tendencia a intensificar su acción durante los momentos más difíciles de su vida demográfica, hasta el punto de que su actuación en este sentido será uno de los factores que contribuirá a explicar su supervivencia como tales urbes en un ámbito esencialmente rural. De la misma manera, en común tienen el que sus alcoces se caracterizarán, salvo que hablemos de Tui o Pontevedra, por sus bajas densidades de habitantes/Km², por ampliarse geográficamente a costa de comarcas

poco pobladas, por el escaso impacto que en ellas posee la emigración exterior o por evitar integrar en su cuenca demográfica a territorios cuya lógica migratoria es sensiblemente diferente, y ello a pesar de que puedan estar mucho más densamente poblados. Todos estos elementos serán indisociables de su carácter tradicional como ciudades, el cual, como sabemos, se manifestará en el hecho de dar cobijo a un importante retén de grupos sociales privilegiados e instituciones rentistas, o en la elevada presencia de dedicaciones profesionales de naturaleza rural en el seno de sus respectivas estructuras productivas. Un carácter éste que, como en Santiago, no se perderá andado el tiempo, ni siquiera, como es su caso, una vez que avanzado el siglo XX haya tenido lugar la terciarización de su estructura ocupacional, visto que los individuos venidos de las comarcas vecinas seguirán marcando, a la vez definiendo, el curso de su vida poblacional, económica y social. De hecho, y a la luz de los indicadores barajados, lo tradicional acabará pesando más en la relación que los distintos núcleos urbanos establezcan con el campo circundante, que la vinculación que en este último puedan llegar a establecer entre sí los distintos niveles de movilidad de su población. Así, por ejemplo, se ha puesto de manifiesto en el comportamiento expresado por enclaves del sudoeste de Galicia como Tui (O. Rey Castela, 1990), ubicados en una zona densamente poblada, con más de 100 habitantes por Km² y con una fortísima emigración exterior, de la que ya tenemos noticias desde los albores del XVII (O. Rey, 1994: 93). En estas condiciones, su condición tradicional, la languidez de su vida económica, la falta de grupos sociales dinámicos a nivel industrial y comercial o el elevado peso que en su estructura socioproductiva tendrán las dedicaciones rurales, nos ayudan a comprender que dichos enclaves crezcan o decrezcan poblacionalmente a la par que las comarcas rurales cercanas. De ello cabría deducir, al menos en principio, que su dinámica demográfica vendría definida por las entradas y salidas de gentes llegadas de las feligresías vecinas, al compás de la evolución seguida por la coyuntura agrícola entorno a ese antes y después a 1770-1780, de tal modo que, en última instancia, sería ese juego de idas y venidas el que nos explicaría que la población urbana de la zona hubiese experimentado un crecimiento débil al término del XVIII, cifrado, por ejemplo en el caso de la mencionada Tui, en apenas un 11% entre 1700 y 1787. Sin embargo, conviene tener presente que esto sucede en un ámbito geográfico

cuya respuesta al endurecimiento de la coyuntura se caracterizará por el desencadenamiento de una auténtica oleada de emigración exterior, la cual, sin duda, debió arrastrar consigo a algunas de las corrientes migratorias que antes se dirigían hacia las ciudades y villas del sudoeste. Esto significaría que con posterioridad a 1770-1780, la inmigración urbana habría replanteado ya su relación con los restantes movimientos migratorios, y aunque es posible que esto le llevase a perder parte de su intensidad inicial, en modo alguno significó su desaparición, puesto que de haber sido así, la misma Tui habría experimentado una regresión demográfica que en la práctica jamás tuvo lugar. Prueba de ello, la tenemos en que la continua venida de individuos llegados de las comarcas próximas será uno de los factores que, y en una situación de estancamiento general a partir del último cuarto del siglo XVIII, posibilitará la renovación poblacional tudense por ejemplo entre 1781 y 1800, cuando un 36-37% de los varones y un 33-34% de las mujeres bautizadas en la ciudad demuestran tener, cuando menos, como uno de sus progenitores a un forastero (E. Martínez, 1994: 482). Ciertamente que, en conjunto, dicha renovación no alcanzará los niveles de Santiago, pero no por eso dejará de ser significativa, y de demostrar, como en Mondoñedo o en Monforte, las virtudes demográficas de los desplazamientos campo-ciudad en un marco socioeconómico esencialmente rural.

3. La inmigración a las ciudades que han gozado de la atención institucional

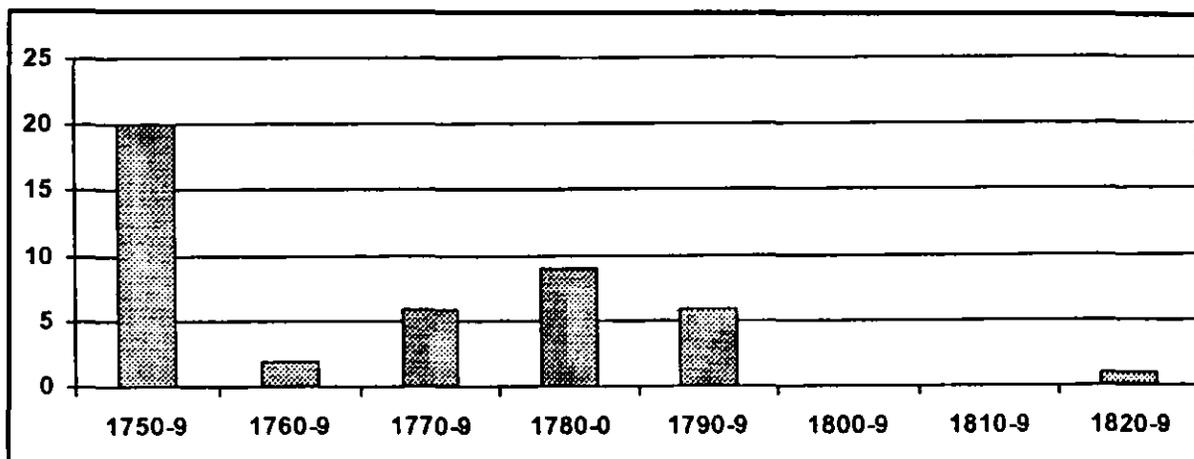
Lo sucedido en el Ferrol desde Enero de 1750 es una buena muestra de lo que aconteció en las ciudades desarrolladas a partir de un claro y decidido apoyo institucional. Veinticuatro años habían pasado desde que en 1726 fuera declarada capital del Departamento Marítimo del Norte bajo el reinado de Felipe V; un monarca cuyo deseo de reorganizar la Armada, con la intención de convertirla en uno de los ejes de su política exterior, dio origen a la expansión de este enclave. Prueba de ello, es que hacia mediados de 1752 tenía en su seno unos 1.200 hogares, número éste que se duplicará largamente en los veintiséis años siguientes (Tabla nº 2; A. Martín, 1997: 195). Sin embargo, saber hoy por hoy cuantos fueron en realidad los habitantes del Ferrol es una cuestión espinosa,

difícil y complicada, ya que si, por un lado, las fuentes que se conservan son de dudosa calidad, por otro, cuando su fiabilidad no deja lugar a dudas, no incluyen a una población flotante que, y siempre según los testimonios de los contemporáneos, llegó en ocasiones a ser igual, sino superior, a la cifra oficial consignada en dichos recuentos. Así, por ejemplo, una serie de indicaciones documentales hacia 1752 hablan de la existencia de 6.384 trabajadores, una cantidad no determinada de militares, 90 presidiarios y 121 «moros» (M. Santalla, 1991: 49), los cuales, en buena lógica, deberían sumarse a los individuos registrados por el Catastro de Ensenada. En cualquier caso, quedémonos con la idea de que el número de sus efectivos se incrementó de manera notable hasta finales de la década de 1790, momento a partir del cual la ciudad entrará en un declive demográfico que no se detiene ya hasta más allá de mediado el siglo XIX (A. Martín, 1997: 195). La principal razón de todo ello estriba en los cambios que conocerán los distintos ciclos de inversión llevados a cabo por la administración real en actividades constructivas y navales de índole militar. En este sentido, podemos hacernos con una ligera idea de su funcionamiento a través de la serie de barcos de guerra construidos en su Real Arsenal entre 1750 y 1830 (Gráfico nº 1). Se aprecia entonces la existencia de dos grandes fases en los mencionados ciclos. Una primera, y más importante, se inicia y finaliza en la misma década de 1750, la segunda, en modo alguno equiparable a la anterior, se mantendrá hasta la década de 1780-1790, para extinguirse luego bruscamente por más de veinte años. En otras palabras, y en plazos de tiempo relativamente breves, la ciudad pasará por momentos de esplendor y de decadencia, lo que, y desde un punto de vista poblacional, se traducirá en oleadas de gentes que van y vienen al compás de una coyuntura dictada, en última instancia, por unos ciclos de inversión ligados a la orientación de la política exterior de la Monarquía por esos años. Algo que será percibido por los propios contemporáneos, valgan como ejemplo de ello las apreciaciones de un erudito local a mediados del siglo XIX, cuando recuerda que el número de habitantes del Ferrol es imposible de determinar con precisión al «... depender de circunstancias accidentales..., en atención a que cuando el pueblo decae emigran y van a morir a otra parte muchos de sus naturales, así como cuando progresa afluyen de los demás pueblos centenares de personas que fallecen aquí...» (J. Montero, 1858: 209).

TABLA 2
Evolución del número de vecinos del Ferrol.

Año	Nº vecinos	Año	Nº vecinos	Año	Nº vecinos
1746	455	1784	3.229	1822	3.000
1752	1.208	1797	4.100	1838	2.650
1778	3.000	1804	4.220	1840	2.418

GRÁFICO 1
Barcos de guerra construidos en los arsenales del Ferrol, 1750-1839
(Fuente: Diccionario Madoz, 1845)



Estas apreciaciones remiten a una realidad que no sólo se explica en razón de factores coyunturales, como los mencionados ciclos o la política exterior, sino también de otros de naturaleza estructural. Unos factores que, y en este último caso, irán más allá de la carestía o de la escasez de alimentos que suele afectar a la ciudad en determinados momentos de su historia, y no siempre coincidiendo con una especial concentración de efectivos navales o militares en su seno, tal y como por ejemplo sucedió en 1778, 1789, 1801 o 1810 (J. Montero, 1858: 47). Este hecho no dejará de llamar nuestra atención, sobre todo si tenemos en cuenta que las comarcas rurales próximas, y no tan próximas, al Ferrol tienen una dedicación básica y fundamentalmente agraria. Esto quiere decir que la principal base naval de la España de finales del XVIII y principios del siglo XIX, verá constreñido su funcionamiento en ciertos años por un entorno agrícola empeñado en el ejercicio de una agricultura

ra de autoconsumo a cargo de pequeños campesinos, lo que significa que de no ser por las inversiones estatales, el Ferrol, al igual que las demás ciudades, vería bloqueado su desarrollo poblacional por un marco productivo tradicional, el cual, y sin ir más lejos, ha demostrado ya ser incapaz de responder con prontitud y eficacia a sus demandas en materia alimentaria, por ejemplo, en esos años de 1778, 1780, 1801 o 1810. De ahí que la relación que establezca con su alfoz no sea equiparable ni en lo económico, ni en lo social, ni en lo poblacional, a la que establecerán los restantes enclaves urbanos gallegos de la época con los suyos. Prueba de ello, la tenemos en que su abasto alimentario fue siempre gestionado por grandes comerciantes que garantizaban que, por ejemplo, el trigo llegase de los puertos cantábricos, de Santander o de Bilbao, pero también, y si ello fuese necesario, de los Estados Unidos, la costa occidental francesa, Inglaterra y hasta del Báltico (J. Montero, 1858: 306). En este contexto, la oferta de productos gallegos apenas si fue tenida en cuenta de una manera masiva y sistemática por los grandes factores encargados de aprovisionar el enclave, lo cual indica que a este nivel, como en otros que quieran considerarse, su impacto sobre las comunidades rurales cercanas será más que limitado.

Todo esto hay que tenerlo presente para comprender la naturaleza y el comportamiento expresado por las distintas corrientes migratorias que confluirán sobre la ciudad desde mediados del siglo XVIII. Así, y tras su elección como destinataria de las obras que habrían de dar lugar al nacimiento de su Real Arsenal, al Ferrol llegará aproximadamente desde 1754-55 una inmigración altamente cualificada, compuesta por técnicos procedentes de distintos países europeos y de diferentes lugares de la Península Ibérica, la cual convivirá con la arribada de individuos venidos tanto de las comunidades rurales cercanas como de otras partes de Galicia, quienes con una menor cualificación buscarán acomodo, temporal o definitivo, en un mercado laboral en plena expansión. En este sentido, y gracias a la información de las actas matrimoniales, sabemos que entre 1780 y 1834 un 77.3% de los varones y un 48.3% de las mujeres que se casan en alguna de las feligresías ferrolanas tienen un origen extraurbano, que, respectivamente, dos tercios de ellos son gallegos y que en más de la mitad de las ocasiones estos provienen de las comarcas vecinas, por lo que no es de extrañar que un 70% tengan un origen netamente rural, frente a ese 13-14% de inmi-

grantes de procedencia semiurbana o a ese 10-12% de oriundos de las distintas capitales provinciales de Galicia. Entre los no gallegos, casi un tercio del total, pocos extranjeros, y de estos casi todos franceses e italianos, mientras que entre los peninsulares abundarán las gentes del centro, cornisa cantábrica y orla mediterránea (A. Martín 1996: 45; E. Martínez et al., 1994: 487). Esta panorámica general oculta sin embargo la serie de transformaciones que la inmigración ferrolana va a conocer desde finales de la década de los ochenta, es decir, una vez que comiencen a contraerse los ciclos de inversión que dieron lugar a la expansión de este peculiar enclave; una vez que se entre en una fase de declive, que se acelerará a comienzos del XIX, coincidiendo con el fin del poderío naval español. En el curso de ese proceso, el número de forasteros/as casados en sus iglesias se reducirá drásticamente, lo cual indica la pérdida de atractivo experimentada por los mercados laborales urbanos, y de la que podemos hacernos una ligera idea al comprobar que los varones de estas características pasan de ser un 89.6% en 1780-4 a un 52.5% en 1830-4. Esa pérdida se hará patente también en la disminución de la capacidad de atracción de la ciudad sobre los inmigrantes gallegos, quienes cada vez con mayor frecuencia situarán su origen en las comunidades cercanas a la ciudad (un 49.4% del total en 1830-4, frente al 13.4% de 1780-4). En consecuencia, no ha de extrañar, que, por un lado, se acentúe cada vez más su extracción rural, hasta el punto de que en 1830-4 dicha extracción identificará ya a ocho de cada diez individuos que llegan al Ferrol (80.2%), y por otro, y a la vez que se contraen las arribadas de gallegos nacidos en un ámbito urbano, lo hagan también las de quienes proceden de otros destinos peninsulares (A. Martín, 1996: 45).

En suma, las modificaciones habidas en la corriente migratoria ferrolana son evidentes, aunque, y desde un óptica estrictamente profesional, no afectarán por igual a todos sus integrantes. Por ejemplo, las condiciones de movilidad que rigen para los militares parecen no haber cambiado de 1780 a 1835, ya que, por norma general, nueve de cada diez son forasteros y uno de cada dos no gallegos. De la misma manera sucede con los miembros de la administración, quienes en tres de cada cuatro ocasiones no son originarios del Ferrol, mientras que sólo en una de cada dos serán oriundos de Galicia. En cualquier caso, milicia o administración, este personal junto a sus familias son gentes sujetas «... a desplaza-

mientos mudables casi a diario...», tal y como en 1771 reconocerá el administrador del Arsenal en su respuesta a los expresos deseos de la Hacienda Real de incluirlos en los padrones de la Única Contribución (M. Sánchez, 1989: 697). La cosa cambia si a continuación nos referimos al personal que forma parte de la Real Maestranza. Son estos trabajadores civiles vinculados a las obras llevadas a cabo en el Arsenal: operarios de fábrica, artesanos, peones sin cualificación, obradores, etc., gobernados desde 1793 por las Ordenanzas de Marina. No obstante, y en el estado actual de las investigaciones, resulta muy difícil saber a ciencia cierta su número, si bien los diferentes indicios refieren a la progresiva reducción que éste conocerá entre mediados del siglo XVIII y el primer tercio del XIX, la cual puede cifrarse, aproximadamente y con no pocas prevenciones, en un 50% (M. Santalla, 1991: 48).

Aunque suele tratarse a los diferentes sectores profesionales que componen la Maestranza como si fuesen un todo único, en la práctica estaba afectada por una relativa segmentación laboral interna, la cual se irá afianzando a medida que la especialización comience a ser uno de los requisitos exigidos para poder trabajar en las obras del Arsenal. Esto significa que no todos los obreros de la Maestranza participarán en igual medida en ese juego de entradas y salidas de la ciudad. De hecho, y entre los que tienen algún tipo de cualificación: maestro de jarcias, obradores de fábrica, herreros, etc., la tendencia que acabará por imponerse es la de ir limitando de manera paulatina su grado de movilidad (M. Arbaiza, 1996: 248 y ss.; J. P. Poussou, 1988b: 207; P. M. Pérez, 1992: 186). Algo que, curiosamente, va a producirse en los años que seguirán a 1788, o lo que es lo mismo, cuando la segunda oleada de inversiones estatales que se abate sobre el Ferrol comience a perder fuerza, cuando en términos absolutos se registre un mayor descenso en el número de operarios, en definitiva, cuando se inicie el declive del enclave urbano. Así, por ejemplo, durante el quinquenio 1780-4, dos de cada tres carpinteros de ribera tienen un origen extraurbano, de ellos siete de cada diez son gallegos, quienes sólo en un 37.5% de las ocasiones procederán de las comarcas que forman el hinterland poblacional ferrolano. Diez años más tarde, en 1790-4, el cambio es realmente significativo, puesto que apenas un 45.9% de estos carpinteros será forastero, mientras que nueve de cada diez son gallegos, y, lo que es más importante, un 57% de las veces llegan a Ferrol desde las feligresí-

as rurales cercanas (A. Martín, 1996: 195). Sin embargo, estos datos no deben llevarnos a pensar en que la pérdida de la capacidad de atracción de la ciudad, por los motivos ya expuestos, se traducirá de un modo automático e inmediato en la reducción del área geográfica de recluta de los trabajadores especializados. Al respecto, conviene tener presente que el proceso de sedentarización que acaba de señalarse es un proceso lógico entre los trabajadores de élite, sobre todo una vez que los complejos industriales comienzan a consolidarse, una vez que avanzamos en las primeras fases de la industrialización y que, por tanto, empiezan a darse los primeros pasos para dejar atrás esa consideración de que los ingresos obtenidos por esta vía son complementarios a los procedentes de la explotación de la tierra. Es por eso que la moderación de la movilidad entre este sector de la Maestranza, no puede explicarse tan sólo en función de la crisis abierta más allá de 1790, sino que también debe acudirse a la progresiva y paulatina especialización que exigirán las tareas desempeñadas en las Reales Obras del Arsenal (M. Arbaiza, 1996: 255; P. Pérez Fuentes, 1993: 52). En este sentido, diferentes autores han puesto de manifiesto la mayor estabilidad laboral de la que gozan los obreros especializados frente a los trabajadores eventuales, en razón sobre todo de los sistemas de reclutamiento que acabarán imponiéndose en los centros fabriles y del papel jugado por sus familias, tanto a la hora de transmitir y de estimular el aprendizaje de oficios industriales como de contribuir a la creación de redes sociales que permitan al joven aprendiz encontrar empleo en dichos centros (M. Lonch, 1994: 155, y 1996: 340). Es por eso que en la explicación de esta sedentarización, aparecida en el Ferrol entre finales del XVIII y comienzos del XIX, debe considerarse también el vecinamiento en la urbe o aledaños, de muchos de los trabajadores especializados venidos con anterioridad a 1790, con anterioridad al declive industrial, en concreto a partir de 1750-54. Serán pues sus descendientes los que en las décadas siguientes se beneficiarán de las ventajas de haberse socializado en el seno de estos hogares, en especial una vez que tras 1793 comiencen a producirse cambios en las tradicionales formas de contratación para trabajar en las Reales Obras, sobre todo con posterioridad a la entrada en vigor las Reales Ordenanzas de Marina (A. Martín, 1996: 195).

En este contexto, los peones sin cualificación laboral serán los auténticos responsables de ese flujo y reflujo que afecta al conjunto

de la Maestranza. Sin embargo, en su caso resulta también muy difícil saber su número exacto o cual era su peso e incidencia real sobre el mercado de trabajo ferrolano, en parte porque su carácter de temporeros y su grado de movilidad era tal, que apenas si dejarán más que una sencilla huella de su paso por la documentación. Por este motivo, es posible que las cifras que se manejarán a continuación estén infravaloradas, pero aun así, opinamos que pueden leerse sin temor como la expresión de una tendencia que en la larga duración debió afectar a este sector laboral. Pedimos pues al lector que las considere como indicativas más que como definitivas del fenómeno estudiado. Tanto precaución se explica, además, por la posibilidad de que muchos de estos peones provengan de las feligresías cercanas al Ferrol, tan cercanas, que su movilidad cotidiana bien podría ser pendular, y por ello sus ingresos no pasarían de ser considerados como complementarios a los de naturaleza agrícola, verdaderos responsables por tanto del sustento de sus agregados domésticos de procedencia. Dicho esto, advertimos que su número aumenta y disminuye al compás de la coyuntura. Así, y gracias a un documento de naturaleza fiscal, sabemos que en 1771 el 19.5% de ellos son considerados peones por las autoridades. En 1780-4, y esta vez merced a su aparición en las partidas de matrimonio, los vemos asumiendo el protagonismo de un 25.5% de los enlaces en los que participa el personal adscrito a la Maestranza, mientras que diez años más tarde, en 1790-4, y ya en los inicios del declive urbano, su presencia se reducirá a algo menos de la mitad, un 10.9% (M. Sánchez, 1990: 249; A. Martín, 1996: 195). De este modo, se pone de manifiesto que la falta de un mínimo de cualificación laboral será una de las razones que sirvan para explicar la movilidad a la que estará sujeto este sector de la mano de obra ferrolana, en un mercado de trabajo que a la vez que inicia el camino hacia la especialización comienza a contraerse.

Teniendo en cuenta que los efectivos militares de la Marina, del Ejército y de la Administración, suelen no ser gallegos en casi la mitad de las ocasiones, (respectivamente en un 51.1%, un 63.6% y un 37.2%), y que, en líneas generales, el resto de los inmigrados si lo son en ocho de cada diez, comprobaremos que en la composición de las corrientes migratorias van a tener una gran importancia los individuos procedentes de las comarcas rurales que forman parte del pulmón demográfico de la ciudad. Si a ello añadimos las consecuencias

que van a derivarse de la progresiva segmentación profesional operada en su mercado laboral tras 1793, estaremos en condiciones de comprender el porqué de la forma que adopta en el espacio dicho pulmón por esos años, es decir, su tendencia a extenderse en tres direcciones. Por un lado, hacia la Galicia interior, hacia Lugo capital a través de la Terra Cha, por otro, hacia los valles intermedios de la antigua provincia de Mondoñedo, y por último, hacia las inmediaciones de A Coruña (E. Martínez et al., 1994: 487 y 494; A. Martín, 1997: 214). Una triple orientación que no se explica tan sólo por la relativa proximidad habida entre las áreas de expulsión y el centro de atracción, sino también, y en cierta medida, porque en esas áreas se ha venido desarrollando con relativa fuerza, aproximadamente desde 1770, un proceso de protoindustrialización rural, el cual será especialmente intenso en los mencionados valles de la Galicia cantábrica y en ese tránsito hacia el corazón de la Galicia interior, mientras que, y en lo que se refiere a las comunidades próximas a la ciudad de A Coruña, debe decirse que una parte de su población vivirá bajo la influencia de las aventuras industriales que en ella se ensayen a partir de 1774 (P. Saavedra, 1985: 308; X. Carmona, 1990: 69). Pero tampoco conviene exagerar este hecho, dado que en general ese proceso protoindustrial al que nos estamos refiriendo estará relacionado, mayoritaria aunque no exclusivamente, con el textil, si bien es cierto también que la cuenca demográfica ferrolana se extiende sobre las comarcas indicadas y no sobre otras. Es por eso que todo lo más que puede hacerse ahora es señalar esa coincidencia, sobre todo cuando sabemos que el desarrollo industrial en Galicia, desde la protoindustrialización hasta su definitivo fracaso a la hora de dar el salto a la fábrica, guardará enormes semejanzas con lo sucedido en Francia, en donde, allí como aquí, sus efectos serán los de contribuir a la reducción del éxodo rural, originando así una relativa sobrepoblación del campo, como la que conocerá esta zona de la Galicia cantábrica entre finales del XVIII y principios del XIX (P. Cayez, 1988: 109; P. Saavedra, 1985: 310; X. Carmona, 1990: 215). Esto vuelve a indicarnos que, con o sin conocimientos técnicos, para muchos de los participantes en estos trasiegos, caso de los mencionados peones, lo industrial no pasará nunca de ser, sobre todo en las primeras fases de su desarrollo, una actividad complementaria de la actividad agrícola, sin más. En estas condiciones, los beneficios que para sus comarcas de origen podrían derivarse del abasto alimentario de la ciudad esta-

rán limitados en la práctica, por un lado, por el tipo de agricultura que en ellas se practica —de autoconsumo y condicionada por cargas de naturaleza feudal—, y por otro, por la especificidad de un núcleo urbano que depende de las inversiones estatales para sobrevivir.

Un último ejemplo de enclave urbano que se haya beneficiado del favor institucional para iniciar un proceso de expansión nos lo proporciona A Coruña. En su caso, y a diferencia de Santiago, la superación de la crisis finisecular del XVII se explicaba, además de por los cambios habidos en la coyuntura agrícola gallega a comienzos del XVII, en concreto tras la introducción del maíz, por su estrecha vinculación a la política exterior seguida por los Austrias en esos años. Por este motivo, la ciudad se benefició de una serie de concesiones políticas, administrativas y militares, cuya consecuencia más palpable fue la paulatina desvinculación que su dinámica poblacional conocerá de los avatares coyunturales por los que atravesará el mundo rural circundante. En este sentido, y desde la particular perspectiva de la organización militar (M. C. Saavedra, 1996: 248), se ha conseguido captar la importancia que la inmigración ha tenido en la vida demográfica coruñesa a lo largo del primer tercio del siglo XVII, hasta el punto de poderse reconocer el funcionamiento, a un tiempo y durante todo ese período, de al menos dos flujos migratorios de distinta naturaleza. El primero, actuaría en la corta y media distancia, circunscribiéndose al ámbito de las feligresías rurales cercanas en particular y gallegas en general, y estaría compuesto por gentes venidas a trabajar tanto en las diferentes instituciones administrativas o judiciales de A Coruña como en los empleos que éstas generan. Son, por ejemplo y sin ir más lejos, alguno de esos cien o ciento cincuenta individuos que con sus familias se mueven entorno a las salas de la Real Audiencia de Galicia, pero también una parte significativa de aquellos que trabajan en los oficios que tratan de dar satisfacción a sus necesidades básicas. Este ir y venir de unos y otros tiene lugar en el marco de una división social del espacio urbano, la cual hará que dentro del recinto amurallado se ubique lo más granado de la milicia, de la Audiencia o del comercio, quedando la Pescadería y los barrios periféricos para una población más anónima, formada en su mayor parte por pescadores, marineros, tenderos, labradores, etc., así como por todos los recién llegados. Se comprende entonces que a intramuros, y durante la XVII/1, un 66% de los varones (50% de Galicia, 10-16%

de las comarcas próximas) y un 60-88% de las mujeres (41-58%; 17-38%, respectivamente) que allí se casan tengan un origen netamente gallego, mientras que a extramuros los hombres de estas características sean tan sólo un 47-57% (28-31%; 19-26%) frente a un 85% de mujeres (80%; 5%).

Estas diferencias entre el centro y la periferia, no sólo remiten a la mayor movilidad de la población dispuesta a extramuros, sino también a una de las claves que nos permitirá su correcta comprensión, caso del acantonamiento de tropas a las puertas de la ciudad. Por esta vía, entramos en contacto con la otra gran corriente migratoria, la cual estará estrechamente vinculada al papel de A Coruña como «presidio militar» (M. C. Saavedra, 1996: 248). Una corriente caracterizada por actuar en la media y larga distancia, además de por la naturaleza involuntaria que asumirán las idas y venidas de quienes la componen, junto al hecho de que serán los militares los principales animadores del mercado matrimonial urbano, en especial del de segundas nupcias. Prueba de esto la tenemos, en que, por ejemplo y hacia 1631, son aproximadamente el 20% de los vecinos empadronados, en que un 15.3% de los inmuebles de los barrios periféricos, en particular los situados en la Pescadería, estarán habitados por gentes de armas, o en que un 80% de las jóvenes casadas en esos mismos barrios procederán de feligresías situadas más allá de la cuenca demográfica coruñesa (M. C. Saavedra, 1996: 235).

Si a continuación damos un salto en el tiempo de más de un siglo, las cosas no parecen haber cambiado demasiado. Y la importancia de esos trasiegos seguirá siendo fundamental para explicar el crecimiento demográfico y la expansión urbana de A Coruña durante la XVIII/2 (B. Barreiro, 1990: 9). Esto lo hemos podido constatar gracias a un exhaustivo vaciado de las partidas matrimoniales correspondientes a sus dos feligresías exteriores entre 1765 y 1810, lo que en la práctica nos ha permitido controlar el 88% de todos los enlaces nupciales habidos en este enclave por esos años. Es así que sabemos que un 74% de los matrimonios contarán con la presencia de al menos un cónyuge de origen extraurbano. En otras palabras, un 53% de los esposos/as es un foráneo/a, cifra ésta que se asemeja a ese 53-58% que M. Garden encontraba para Lyon en 1786-88, sólo que Lyon es unas diez veces más grande que A Coruña, además de guardar respecto a ella importantes diferencias

en lo referido a su estructura socioproductiva (M. Garden, 1970: 209). En cualquier caso, esto pone de manifiesto la importante capacidad de atracción que A Coruña posee en el marco de una Galicia esencialmente rural; una capacidad que, pese a todo, estará unos diez puntos por debajo de la del Ferrol entre 1780 y 1834, en donde un 63% de los desposados/as ha nacido fuera de la urbe. Al respecto, debe tenerse en cuenta que la inmigración ferrolana estará compuesta en su mayor parte por varones venidos a trabajar en las obras que desde 1747 se siguen en sus Reales Arsenales, tal y como lo prueba el que un 77.2% de los jóvenes que allí se casan por esos años sean forasteros (A. Martín, 1997: 198), cifra esta última que sirve para establecer las pertinentes diferencias entre las lógicas migratorias que generan ambos enclaves. De hecho, A Coruña seguirá beneficiándose como antaño de las ventajas que le proporciona su carácter político, militar y administrativo, factores éstos a los que habría añadir a finales del siglo XVIII una nueva vertiente, la comercial. La combinación de este aspecto concreto con los anteriores, le permitirá experimentar un crecimiento poblacional que, paradójicamente, tiene lugar en un momento en el que puede asistirse a una ralentización de la coyuntura agrícola en toda la Galicia occidental (A. Eiras, 1990: 149). Este incremento demográfico fue posible merced a los beneficios que para la ciudad van a derivarse de la entrada en vigor del Real Decreto de 1764, por el que su puerto se abrirá al tráfico comercial americano, y de la ejecución de ciertos proyectos de colonización del Nuevo Mundo auspiciados por la administración borbónica (A. Eiras et al., 1992: 176). Una idea de la importancia que tuvieron estas concesiones nos la ofrece, por un lado, el desencadenamiento de ese movimiento migratorio ya comentado, en el que, todo hay que decirlo, un 64% de sus protagonistas son gallegos, de ellos ocho de cada diez de extracción rural, y por otro, el que los matrimonios en los que puede encontrarse a un forastero/a pasen de un 69.3% en 1765-9, a un 77.2% en 1785-9. Asimismo, también una idea de la importancia que tuvo ese Real Decreto, más allá de permitir la expansión comercial coruñesa y lo que ello supuso desde un punto de vista estrictamente demográfico para la ciudad, nos la proporciona la revitalización que a todos los niveles experimentarán las pequeñas villas de la orla costera cantábrica. Por ejemplo, Ribadeo conocerá a partir de 1770-80 un despegue espectacular, que en el plano comercial se

materializará en las continuas exportaciones de madera, hierro y lino, hacia el Ferrol y A Coruña. Sobre esta base, la villa procederá a desvincular su ritmo poblacional de lo que está sucediendo en su ámbito rural más cercano, en parte gracias a un flujo inmigratorio que, en última instancia, será responsable del hacinamiento poblacional y del recrudecimiento que la mortalidad infantil experimentará en su seno por esos años (P. Saavedra, 1985: 90). De este modo, y al amparo de la expansión económica del puerto de la Coruña, se desencadenará una inmigración en la que encontraremos gallegos, pero también a individuos procedentes de otros ámbitos, sean estos peninsulares o continentales. En concreto, a ese 36% de cónyuges foráneos —tres de cada cuatro varones— cuya llegada a la ciudad durante la XVIII/2 viene dictada, en la mayor parte de las ocasiones, por razones de índole comercial. Así parece haber ocurrido con los catalanes, aragoneses, leoneses o vascos, que una y otra vez aparecen en la documentación manejada, aunque también hay quien llegará movido por motivos de carácter político-administrativo, tal y como le sucede a un grupo significativo de andaluces y de castellanos de las dos mesetas. En definitiva, las viejas funciones que animaron el desarrollo poblacional coruñés durante buena parte del siglo XVII siguen estando presentes cien años después, y junto a la importancia que ahora asume lo comercial, explicarán el protagonismo alcanzado por este tipo de trasiegos a lo largo de su historia.

La relevancia de estos flujos migratorios estará entonces en relación directa con la vinculación coruñesa a los designios de la monarquía, de cuya política exterior se beneficiará de una manera directa y continuada durante los siglos XVII y XVIII, lo cual contrasta con el tradicional desamparo en el que las distintas administraciones reales han dejado a las demás ciudades y villas gallegas. Así, sin estímulos exteriores y constreñidas a todos los niveles por un marco estructural rural profundamente tradicional, serán incapaces de desencadenar por sí solas un proceso de expansión semejante al vivido en A Coruña. Por otra parte, y aunque el vecino puerto del Ferrol se vio agraciado por los favores reales, la naturaleza de dichos favores hará que la ciudad no sea capaz de servirse de ellos para generar una dinámica de desarrollo sostenida en el tiempo, bien sea a nivel demográfico, económico o social. Esto no sucederá sin embargo en A Coruña, cuya población crecerá a un ritmo del 10.1 por mil anual entre 1787 y 1860; un crecimiento inex-

plicable sin el concurso de esos trasiegos humanos, activos incluso con posterioridad a 1787, una vez que se atisbe en el horizonte el fin de toda una época dorada vinculada al comercio trasatlántico. Su decadencia en este sentido vendrá a coincidir con el bloqueo que hasta 1820, por éste y otros motivos que no vienen ahora al caso, conocerán las distintas experiencias industriales ensayadas en su seno, pese a lo cual la urbe conservará intacta su intensa capacidad de atracción. Y ello por varias razones, aunque sin duda alguna la más importante parece haber sido el proceso de inversiones en bienes y rentas raíces en el que se embarcó la burguesía coruñesa desde los comienzos de la década de 1780, de tal modo que una vez que la coyuntura comercial cambie de signo, una parte significativa de dicha burguesía no dudará en vincular temporalmente su futuro económico-social a la apropiación del excedente agrario (L. Alonso, 1986: 250). Una operación rentable en lo que nos atañe, puesto que será uno de los elementos que contribuirá a mantener un desarrollo poblacional sostenido, en cierta medida gracias a la continua arribada de gentes llegadas de comarcas rurales más o menos lejanas. A esto habría que añadir además, las ventajas que para A Coruña supondrá la asunción de nuevas competencias de carácter político-administrativo a partir de la concesión de la capitalidad provincial en 1833, o el inicio de una tímida expansión industrial con posterioridad a 1820 (X. Carmona, 1990: 215). Sin embargo, ese giro tendrá la contrapartida de ligar la ciudad a los avatares experimentados por la coyuntura agraria de la zona, tal y como lo prueba el desarrollo de la crisis de 1852-55, causante de la contracción habida en su crecimiento demográfico. Una crisis cuyos efectos se dejarán sentir con fuerza en los años siguientes, al encajarse sobre ella, y tras 1860, por un lado, el fracaso de las iniciativas industriales antes mencionadas, y por otro, un «crack» financiero local en 1866 (F. X. Meilan, 1996: 10). Así pues, lo sucedido entre 1850 y 1866 marcará el punto a partir del cual A Coruña comienza a resentirse en su desarrollo demográfico, puesto que la recuperación apreciada durante la década de 1870 apenas si logrará evitar que la ciudad sea afectada una vez más por una nueva crisis agraria, aquella que cierra el siglo XIX, tal y como se pone de manifiesto a través de la evolución seguida por sus tasas de crecimiento intercensal anual (1860-77: 6.7 por mil, 1877-87: 9.9, 1887-97: 4.4).

4. La inmigración a las pequeñas villas marineras de la orla costero-occidental

El carácter tradicional de la gran mayoría de los núcleos urbanos gallegos, o el apoyo institucional que han recibido algunos de ellos, son las claves que han servido para explicar no sólo la dinámica sino también la intensidad y el protagonismo alcanzado por los trasiegos humanos campo-ciudad en el curso de su vida poblacional. De ello es posible deducir que, por ejemplo, una vez que cambien las características económico-sociales que se combinan para dar vida a dicho carácter tradicional, debería cambiar también la lógica interna que rige el comportamiento de la inmigración urbana, dado que, al fin y al cabo, se habrá modificado la relación que a todos los niveles establecerá la urbe respecto a las comarcas rurales cercanas. Este hecho concreto puede apreciarse sin dificultades en la pequeña villa de Muros (461 vecinos en 1752). Situada en la orla costero occidental, tradicionalmente casi uno de cada dos hogares ha dependido para su subsistencia del trabajo de la mar (1708: 48.6%, 1752: 63.9%, 1761: 51.2%, 1920-24: 42.1%), gracias a una flota mediocre, de bajura y artesanal (I. Dubert, 1997b). De ahí, entre otras razones, el porqué de los limitados efectos de la instalación de la industria salazonera en su Ría a lo largo del siglo XIX (L. Alonso, 1976: 122, 134). Algo que debe tenerse presente si se desea entender el funcionamiento de su vida poblacional en general, o la relación que entre sí guardarán las idas y venidas de gentes a la villa al amparo de tal o cual coyuntura. En este sentido, convendría también no perder de vista que la cuenca demográfica urbana se caracterizará por tener altas densidades de población (1752: 75-80 hb/Km², 1898: 107, 1920-24: 200), mientras que la salida a la presión que dicha población ejercerá sobre el entramado productivo de sus áreas de procedencia, no se substancia aquí mediante la puesta en marcha de un fenómeno migratorio campo-ciudad, sino más bien a través del desencadenamiento de un proceso que, en líneas generales, suele desembocar en la emigración exterior. De no ser así, quedaríamos imposibilitados para comprender ese lento crecimiento poblacional que Muros va a experimentar entre 1752 y 1920; un siglo y medio en el que apenas sí se conseguirá más que multiplicar por dos el número de habitantes (1752: 1.760, 1920: 3.267). Como también quedaríamos imposibilitados para ello si no

contásemos con las características de su estructura socioproductiva. Si bien, dicha estructura, por si sola, poco o nada nos dirá acerca de los mecanismos que ha venido empleando para sobrevivir poblacionalmente o para ajustar en cada momento su tamaño a unas posibilidades de subsistencia ligadas al ejercicio de una pesca artesanal de cuya suerte, en última instancia, dependerá el destino de las dos terceras partes de sus habitantes. En estas condiciones, veremos como se articula aquí un complejo sistema de equilibrios que tratará de garantizar, no ya la mera supervivencia de Muros como enclave semiurbano, sino también la del limitado número de individuos que su frágil economía consiente, el cual no siempre será el mismo, puesto que dependerá, más que de avatares coyunturales a largo plazo, de aquellos que a corto y medio contribuyan a estabilizar la siempre precaria relación entre los recursos y la población. Al respecto, uno, sino el mecanismo, del que va a servirse, será el juego establecido entre los componentes del binomio emigración-inmigración. Su protagonismo será tal que nos aleja de la tentación de querer ver en la mortalidad al elemento regulador de los desequilibrios poblacionales que puedan haberse producido a lo largo de su historia. Y aunque es cierto que en este terreno la mortalidad actuará en ocasiones en un plano de igualdad con el mencionado binomio, no lo es menos que no se puede sobrevalorar su papel, visto, por un lado, el moderado impacto que en la zona tuvo la mortalidad catastrófica durante la XVIII/2 y la XIX/1, reducido a las crisis de 1769-1770 y 1809, y por otro, la relativa normalidad de las tasas brutas de mortalidad de adultos de la villa (1708: 14.7 por mil, 1752: 17.6, 1898: 18.8, 1920: 16.8), en absoluto discordantes con las de otras comarcas costeras que más al Sur se asoman a las Rías.

Junto a ese binomio, y formando parte de ese sistema de equilibrios, habría que considerar asimismo, sólo que funcionando a más largo plazo, al régimen nupcial imperante. Y siempre a largo plazo, porque esa imagen que obtenemos de los muradanos casándose a los 25-26 años a finales del siglo XVIII volverá a repetirse a mediados del siglo XX (L. L. Canedo, 1959: 27). De la misma manera con las tasas brutas de nupcialidad, las cuales apenas si habrán variado significativamente en todo ese tiempo (1708: 8.7 por mil, 1752: 9.3, 1898: 8.3, 1920: 7.0). Así pues, poco podría decirse del régimen matrimonial a la hora de ofrecer soluciones inmediatas a los desa-

justes que vayan a producirse entre la población y los recursos. En este sentido, mayor protagonismo tendrá ese *tandem* inmigración-emigración, del que sabemos, resumiendo lo más substancial, que las salidas de gentes de la villa, cuando se producen, involucrarán fundamentalmente a jóvenes varones, cuya marcha rara vez será definitiva, ni siquiera en pleno siglo XX. De hecho, y a través de las relaciones de masculinidad calculadas gracias a las partidas de defunción contenidas en los libros parroquiales, se comprueba como las ausencias estarán directamente relacionadas con las circunstancias concretas que dan lugar a esos desajustes ya citados (1740-9: 80; 1750-9: 66; 1760-9: 56; 1770-9: 100; 1780-9: 99; 1790-9: 87; 1800-9: 84; 1810-9: 96; 1820-9: 61). Por ejemplo, estarán relacionadas con las sucesivas caídas de ingresos que, y desde los años cincuenta del siglo XVIII, experimentarán las familias de los pescadores que trabajan con artes tradicionales, una vez que en los ritmos económicos y sociales de la Ría sean introducidas nuevas técnicas pesqueras por factores catalanes con intereses en la salazón de pescado. Asimismo, tendrán que ver con la obligación de los marineros «matriculados» de servir en la Armada Real, en especial mientras dure la Guerra con Inglaterra (1761-1763), con las consecuencias derivadas de la crisis agraria de 1769-70, con las polémicas reintroducciones que hasta 1809-10 conocerán las nuevas artes de pesca o con el fracaso de la primera oleada industrial que se abate sobre la villa tras 1830. Momentos difíciles para la población muradana, máxime cuando, y a diferencia de lo sucede en los enclaves urbanos tradicionales, las corrientes migratorias que por esas fechas tienen como destino a Muros se debilitan, tal y como lo ponen de manifiesto las evoluciones experimentadas por los porcentajes de matrimonios en los que puede encontrarse participando cuando menos a un forastero (1750-9: 36.9%; 1760-9: 25.8%; 1770-9: 31.8%; 1780-9: 26.4%; 1790-9: 54%; 1800-9: 36.2%; 1810-9: 36.9%; 1820-9: 46.7%).

Esto significa que la inmigración no volverá a sentirse con una relativa intensidad sobre la villa, hasta que no cambien las condiciones que propician la salida de una parte de sus habitantes. Tal y como aconteció, pongamos por caso, tras la firma de la Paz con Inglaterra (1763), la prohibición de las redes defendidas por los catalanes (1768), las posibilidades que la salazón de pescado gallego comenzará a encontrar en los mercados catalanes o una vez

lograda la difícil convivencia de las mencionadas redes con las tradicionales artes de pesca a partir de 1810, es decir, coincidiendo con la instalación en la Ría de nuevas firmas industriales. Sin embargo, este juego de idas y venidas hacia Muros tiene lugar sobre unos territorios, y esto conviene tenerlo muy presente, en los que el predominio de la emigración exterior ha sido siempre norma general, por lo que, y desde los inicios del XVIII a las primeras décadas del siglo XX, convivirán a un tiempo en la zona tres tipos de movilidad poblacional, tan diferentes como interrelacionados: a) uno minoritario, que dirigiéndose hacia la villa parece estar constituido por gentes pertenecientes a los sectores sociales acomodados o de élite; b) otro mayoritario, de entradas y salidas, activado y desactivado en razón de los buenos o malos momentos por los que atravesará Muros a lo largo de la XVIII/2, y en el que participarán sobre todo individuos pertenecientes a las clases populares; y c) uno multidireccional, pero de naturaleza estructural, cuyos miembros tienden a abandonar sus comunidades rurales de origen situadas en el área de influencia de la villa, bien sea hacia el exterior o bien hacia otros ámbitos de la geografía gallega. En estas condiciones, no debe extrañar pues ese lento crecimiento poblacional reflejado por las tasas de crecimiento intercensal anual muradano entre 1752 y 1920 (3.7 por mil), la nula variación experimentada por las tasas brutas de nupcialidad o por el tamaño de sus hogares (1752: 4.01, 1761: 3.95, 1898: 4.20, 1920: 4.04).

En este contexto, y en contra de lo que podría parecer, la inmigración urbana tendrá una gran importancia a la hora de explicar la lentitud de ese crecimiento poblacional. En especial, más allá de 1880, cuando comienza a hacerse patente el relativo fracaso de la segunda oleada industrializadora que se abatió sobre la margen septentrional de la Ría, —algo que, curiosamente, coincidirá con el cambio que puede percibirse por esos años en la naturaleza de los desplazamientos campo-ciudad de la zona—, con la reactivación de la emigración exterior, y, lo que es más importante, con los descensos adivinados en la fecundidad conyugal a través del cociente hijos/matrimonio (1750-99: 4.5, 1800-49: 4.5, 1894-1903: 3.7, 1920-9: 3.2). En este sentido, y aunque entre 1898 y 1920-24 los hogares encabezados por un inmigrante pasen tan sólo de un 9 a un 11% del total, la población a ellos vinculada irá del 9.9 a 12.7%, mientras que sus agregados domésticos son de un 9 a un 14% más amplios

que los de los naturales, o, y respecto al total de familias que guardan algún tipo de relación con estos trasiegos, el número de aquellas en las que el marido y la mujer tienen un origen extraurbano pasarán de un 25 a un 34%. Es pues uno de los momentos en los que se deja sentir la inmigración familiar en la dinámica demográfica muradana, cuya aportación restañará ahora los déficits poblacionales causados por la emigración y compensará el descenso de la fecundidad conyugal que comienza a notarse a partir de los años ochenta. Prueba de ello, es que si desglosamos este flujo migratorio desde una perspectiva geográfica, apreciaremos como la importancia de los no gallegos irá incrementándose de modo paulatino (1898: 19%, 1920: 39%). De esta manera, la arribada de gallegos se va a ir reduciendo en relación al mayor protagonismo adquirido por la emigración exterior, tanto en las comarcas vecinas como entre los sectores populares de la misma villa. Este hecho, junto a una estructura ocupacional fosilizada y al fracaso de la industria salazonera, primero, y conservera después, explica que su pulmón demográfico no se extienda nunca más allá del 1% del territorio gallego, mientras que, por ejemplo, una población del interior como Monforte de Lemos, con solo 1.000 personas más en su seno, con un acusado peso en su composición socioproductiva de las dedicaciones rurales, con un alfoz caracterizado por una baja densidad de habitantes/Km² y una menor incidencia de la emigración exterior, tendrá un hinterland cuatro veces más grande y dos veces más poblado.

Este contraste habido entre dos enclaves semiurbanos tan distintos como Muros y Monforte, nos sirve para poner de relieve las diferencias existentes entre ellos a este nivel, pero también para manifestar lo que tienen en común, incluso con otros núcleos urbanos de mayores dimensiones, por ejemplo, en aquello que se refiere a los cambios habidos en la naturaleza de las principales corrientes migratorias a partir del último cuarto del siglo XIX. Es así que en Monforte, Muros o Santiago, habrá una coincidencia por esas fechas en la aparición y consolidación de una inmigración de carácter familiar, de cuya importancia podemos hacernos con una ligera idea sólo con pensar en la contribución que ésta ha efectuado a su renovación demográfica, cuando no a su mera supervivencia poblacional. Sin embargo, es evidente que la dinámica migratoria de Muros no puede extrapolarse sin más a las ciudades y villas dis-

puestas a lo largo de toda la orla costera gallega, entre las que por otra parte cabría distinguir cuando menos tres pautas de conducta bien diferenciadas. Primera, áquella que animan las pequeñas urbes de la costa cantábrica, caso de Ribadeo o Viveiro, cuyo desarrollo demográfico a este nivel se halla vinculado, según sea el momento, a los efectos derivados del comercio americano, a los avatares que expresa el mundo rural que las rodea o a la expansión que conocerán puertos más importantes, caso del Ferrol o A Coruña. Segunda, áquella a la que dan vida las villas de la costa occidental, como Muros, pero también como Noia, Rianxo..., la cual responderá a grandes rasgos al modelo ya explicado en este apartado. Y tercera, la generada por aquellos núcleos cuya «normal» evolución se verá alterada a todos los niveles merced a los más variados apoyos institucionales, tal y como aconteció en A Coruña o el Ferrol.

5. A modo de conclusión

A la luz de los resultados obtenidos en los últimos años por la investigación demográfica gallega, es evidente que las realidades migratorias derivadas del conjunto de peculiaridades económicas, sociales y poblacionales, que caracterizan a los distintos enclaves urbanos de Galicia entre los siglos XVI y XX, son difícilmente encuadrables en cualesquiera de las dos grandes líneas interpretativas que han tratado de explicar los trasiegos campo-ciudad en la Península (E. Camps, 1993: 24). En este sentido, las evidencias manejadas, bien sean directas o indirectas, nos han permitido apreciar la existencia de cuando menos tres comportamientos básicos en la relación que el mundo urbano establecerá con el mundo rural a este nivel. Por un lado, aquel al que dan vida las ciudades tradicionales, en las cuales la inmigración ha demostrado ser fundamental para explicar, primero, su desarrollo poblacional hasta 1560-70, y segundo, su mera supervivencia demográfica más allá del siglo XVII, incluso en los peores momentos de su historia, tal y como en general sucedió a partir de la XVIII/2. No es de extrañar entonces que su importancia se manifieste por igual en Santiago, Mondoñedo, Tui, Lugo, Monforte, etc., es decir, en una serie de enclaves marcadamente diferentes tanto por su situación geográfica como por su tamaño. Por otro lado, encontraremos desplaza-

mientos como los generados por A Coruña o el Ferrol, y cuyo nexo común será el de animar un proceso migratorio relacionado con las mercedes y favores concedidos por la monarquía española, al amparo de la orientación seguida en cada momento su política exterior. A su lado, quizás, y sólo quizás, habría que considerar también aquí a las pequeñas villas de la costa cantábrica durante la XVIII/2, caso de Viveiro o Ribadeo, puesto que su reactivación económica y demográfica —con el consiguiente papel que en ello jugará la inmigración—, se encuentra relacionada con los avatares que por estas fechas se suceden en los puertos del Ferrol o A Coruña. Una última perspectiva nos la proporcionarán poblaciones costero-occidentales, que, como Muros, Noia o Rianxo, vincularán su supervivencia a la pesca artesanal, o lo que es lo mismo, a una especialización productiva que les obligará a la puesta a punto de una serie de mecanismos autorreguladores de su crecimiento basados en un complejo juego de entradas y salidas, el cual, como es lógico, fluctuará al amparo de una coyuntura sobre la que incidirán aspectos socioeconómicos y políticos a un tiempo.

En suma, constatamos la existencia de tres patrones migratorios campo-ciudad que tienen su razón de ser en el marco de una Galicia marcadamente rural hasta bien entrado el siglo XX, en donde, y yendo un poco más allá, su sistema urbano ha demostrado ser fruto directo de un proceso urbanizador caracterizado por su discontinuidad en el espacio y en el tiempo, por su relativa especialización y por la difusa complementariedad habida entre los diferentes enclaves que le dan vida (E. Portela, 1987: 83; A. Eiras, 1988: 156). Y esto a pesar de que en todos ellos, y al margen de lo ocurrido en aquellos que gozan del favor institucional, su desarrollo haya estado constreñido por un marco productivo profundamente tradicional, responsable en consecuencia de las distintas respuestas, particulares y específicas las más de las veces, que en el terreno migratorio, como en tantos otros, ofrecerán a las transformaciones socioeconómicas habidas en Galicia desde los inicios del XVI. Es por eso que, a grandes rasgos, entre dicho siglo y los comienzos del XX, la relación que la inmigración urbana ha venido estableciendo con los ritmos de crecimiento de las distintas ciudades y villas gallegas pivotará entorno a un antes y un después a lo acontecido en las décadas centrales del XVIII. De hecho, estos trasiegos parecen haber sido bastante intensos durante los tres primeros cuartos del

Quinientos y a partir de 1620-30, lo que nos situaría ante el comportamiento expresado por un movimiento de flujo y reflujo poblacional que evolucionó al compás de los avatares expresados por la coyuntura agrícola, la cual, en última instancia, ha determinado la naturaleza de la relación que lo urbano ha venido estableciendo con lo rural, tal y como se ha puesto de manifiesto al estudiar lo sucedido en Santiago, Mondoñedo, Monforte o A Coruña. Sin embargo, a medida que nos adentramos en el XVIII y a medida que la mencionada coyuntura agrícola se endurece, y siempre contra lo que cabría esperarse, la inmigración urbana no perdió protagonismo en la vida demográfica de nuestras urbes, convirtiéndose de hecho en uno de los mecanismos que contribuyeron a restañar las pérdidas poblacionales que en este siglo conocieron cada una de ellas bajo tales o cuales circunstancias históricas concretas. En este sentido, lo sucedido en Santiago de Compostela desde el último cuarto del XVIII ilustra a la perfección esa nueva fase en la relación que con el campo establecieron ahora y cara al futuro las ciudades tradicionales, las cuales, y a pesar de ser mayoría en el mundo urbano gallego, tendrán como excepción lo sucedido en el Ferrol, A Coruña o en las pequeñas villas de la orla costera cantábrica. Si bien, y en su caso, una vez cerrados los ciclos de inversión que sostuvieron y animaron su desarrollo, se puso fin al espejismo que suponía su mera existencia en un ámbito en el que lo rural ha impuesto siempre, y hasta bien entrado el siglo XX, los ritmos vitales, sociales, económicos y poblacionales, a todos los niveles. De ahí que la intensidad expresada en el tiempo por los trasiegos humanos campo-ciudad, en esa peculiar relación establecida con los distintos ritmos de crecimiento poblacional del ámbito urbano gallego, a duras penas si se ajuste a la encontrada en otros contextos urbanos (J. I. Fortea, 1995; J. P. Poussou, 1988a: 122 y 1988a: 206; P. Hohemberg et al., 1985: 114; M. González Portilla et al, 1996). Como tampoco se ajustará dicho mundo a esa idea que apunta que, y sólo por el hecho de existir, la inmigración debería haber propiciado, a medio o a largo plazo, cambios significativos en los patrones de comportamiento socioeconómicos o demográficos del ámbito rural más o menos próximo. Al contrario, lo sucedido aquí, como lo sucedido en buena parte del entramado urbano de la España interior, nos recuerda que en contextos agrícolas caracterizados por un acusado tradicionalismo, las ciudades pueden llegar a ser un elemento de estabilidad. Un

elemento que, como tal, contribuirá a garantizar la continuidad de buena parte de las pautas de conducta de las sociedades preindustriales hasta los mismísimos albores de la Epoca Contemporánea, sin por ello, paradójicamente, dejar de dar vida durante todo este dilatado período de tiempo a una auténtica «cultura de la movilidad», de la que podremos encontrar participando a todos aquellos que de una u otra manera se han visto involucrados en este tipo de idas y venidas entre los siglos XVI y XX (D. S. Reher, 1990: 300).

Bibliografía

- ALDREY VÁZQUEZ, J. M., (1997-abril), *Análise da Poboación na área urbana de Santiago de Compostela*, Memoria de Licenciatura Inédita, Santiago.
- ALONSO ALVÁREZ, L., (1976), *Industrialización y conflictos sociales en la Galicia del Antiguo Régimen, 1750-1839*, Madrid.
- (1986), *Comercio colonial y crisis del Antiguo Régimen en Galicia, 1778-1818*, Santiago.
- ARBAIZA LOPEZ, M., (1994), «Movimientos migratorios y economías familiares en el Norte de España», *Boletín de la A.D.H.E.*, 93-125.
- ARBAIZA VILALLONGA, M., (1996), «Migraciones laborales y reestructuración de modos de vida en Vizcaya, 1877-1910», en M. González Portilla et alii, ed., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao, 241-259.
- BARREIRO MALLÓN, B., (1990), *A Coruña en 1752, según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*, Madrid.
- CAMPS, E., (1987), «Industrialización y crecimiento urbano. La formación de la ciudad de Sabadell», *Revista de Historia Económica*, 49-71.
- (1992), «Population turnover and Family Cycle: the Migration Flows in a Catalan Town during the XIXth Century», *Continuity and Change*, 225-245.
- (1993), «Las migraciones locales en España, siglos XVI-XX», *Boletín de la A.D.H.E.*, 21-40.
- CANEDO, L. L., (1959), *El problema migratorio en Muros. Existencia, causas y soluciones*, Santiago.
- CARMONA BADÍA, X., (1992), *El atraso industrial de Galicia*, Barcelona.
- DEL HOYO, J., 1607 (ed. original), *Memorias del Arzobispado de Santiago*, Santiago de Compostela 1968.
- CAYEZ, P., (1988), «Aspectos del desarrollo industrial en Francia en el siglo XIX según algunos trabajos recientes», en D. S. Landes, *La Revolución Industrial*, Barcelona 1988, 107-124.

- DUBERT, I., (1992a), «El fenómeno urbano en la Galicia interior. Características económicas y demográficas del ámbito semiurbano», *Obradoiro de Historia Moderna*, 13-45.
- (1992b), *Historia de la Familia en Galicia durante la Epoca Moderna, 1550-1830*, A Coruña.
- (1997a), «Familia, Inmigración y Espacio Urbano en la Historia de Galicia. Santiago de Compostela, siglos XVIII-XIX», en J. I. Fortea, ed., *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano de la Corona de Castilla, siglos XVI-XVIII*, Santander, 201-245.
- (1997b), «El papel de la movilidad de la población en el ámbito semiurbano de la Galicia costero-occidental. La villa de Muros, siglos XVIII-XX», *Actas de XV Congreso de Geógrafos españoles*, Santiago de Compostela, 15-19 de Septiembre, 797-811.
- EIRAS ROEL, A., (1984-85), «Reflexiones sobre la protoindustria rural en la Antigua Provincia de Mondoñedo. El test de los comportamientos demográficos: primera aproximación», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 183-211.
- EIRAS ROEL, A., (1984), «Producción y precios agrícolas en la Galicia atlántica en los siglos XVII y XVIII. Un intento de aproximación a la coyuntura agraria», *Actas del Congreso de Historia Rural. Siglos XV al XIX*, Madrid, 393-414.
- (1988), «Una primera aproximación a la estructura demográfica urbana de Galicia en el Censo de 1787», en R. Villares, (coord.), *La ciudad y el mundo urbano en la historia de Galicia*, Santiago, 155-179.
- (1990), *Estudios sobre Agricultura y Población en la España Moderna*, Santiago.
- EIRAS ROEL, A.; REY, O., (1992), *Los gallegos y América*, Madrid.
- FLINN, M. W., (1981), *The European Demographic System, 1500-1820*, London.
- FORTEA, J. I., (1995), «Las ciudades de la Corona de Castilla en el Antiguo Régimen», *Boletín de la A.D.H.E.*, 3, 19-61.
- FRANÇOIS, E., dir., (1985), *Inmigration et société urbaine en Europe occidentale, XVI-XXe siècles*, París.
- GARDEN, M., (1970), «L'attraction de Lyon à la fin de l'Ancien Régime», *Annales de Demographie Historique*, 205-219.
- GELABERT GONZÁLEZ, J. E., (1982), *Santiago y al Tierra de Santiago de 1500 a 1640*, Santiago.
- GELABERT GONZÁLEZ, J. E., (1990), «El declive del mundo urbano en Castilla, 1500-1800», *Obradoiro de Historia Moderna*, Santiago, 131-163.
- M. GONZÁLEZ PORTILLA et al., (Ed.), (1996), *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao.

- HOHEMBERG, P. et LEES, R. D., (1985), *The making of Urban Europe, 1000-1950*, Harvard.
- LEVI, G., (1971), «Mobilità della popolazione e inmigración a Torino nella prima metà del Settecento», *Quaderni Storici*, 510-555.
- LONCH CASANOVAS, M., (1994), «Inserción laboral de la inmigración y sistema de reclutamiento de la fábrica textil: Vilassart de Dalt, 1910-1945», *Boletín de la A.D.H.E.*, 149-163.
- (1996), «Los canales migratorios en la Cataluña del primer tercio del siglo XX», en M. González Portilla et alii, ed., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao, 337-347.
- LÓPEZ LÓPEZ, R., (1989), «La emigración compostelana a América en la segunda mitad del siglo XIX según las licencias de embarque», *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, 6, 183-207.
- MARTÍN GARCÍA, A., (1996), *Comportamientos demográficos de Ferrol en la fase final del Antiguo Régimen, 1780-1834*, Memoria de Licenciatura Inédita, Santiago.
- (1997), «Inmigración y estructura socioprofesional en el Ferrol de finales de Antiguo Régimen», *Obradoiro de Historia Moderna*, 193-218.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, E., (1989), «La emigración a América desde la ciudad de Santiago en la época preestadística: problemas, fuentes y resultados», *Revista da Comisión Galega do Quinto Centenario*, 6, 49-75.
- (1990), «La fecundidad urbana en la Galicia Moderna. Santiago de Compostela durante el siglo XVIII», *Obradoiro de Historia Moderna*, Santiago, 201-225.
- *et al.*, (1994), «Inmigración urbana en la Galicia del Antiguo Régimen. Santiago, Tui y el Ferrol a finales del siglo XVIII», en A. Eiras Roel et O. Rey, ed., *Migraciones internas y medium-distance en la Península Ibérica, 1500-1900*, Vol. II, Santiago, 479-499.
- MEILAN ARROYO, F. X., (1996), «Aproximación ao crédito na Galicia do século XIX. Os casos da Terra de Santiago e da Ulla», *Documentos de Traballo do I.D.E.G.A.*, Historia nº 1, Santiago.
- MONTERO AROSTEGUI, J., (1858) ed. original, *Historia del Ferrol*, Madrid 1972.
- PERRENOUD, A., (1982), «Croissance ou déclin? Les mécanismes de renouvellement des populations urbaines», *Histoire, Economie et Civilisation*, 4, 581-601.
- PÉREZ CASTROVIEJO, P. M., (1992), *Clase obrera y niveles de vida en las primeras fases de la industrialización vizcaína*, Madrid.
- PÉREZ FUENTES, P., (1993), *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la I Industrialización vizcaína*, Bilbao.
- PORTELA SILVA, E., (1987), «Sistema feudal y proceso de urbanización. Las ciudades de Galicia ante la crisis bajomedieval», en VV.AA., *Jubilatio*, vol. II, Santiago.

- POUSSOU, J. P., (1988a) «Mobilité et Migrations», en J. Dupâquier, dir., *Histoire de la Population Française*, París, vol II, 177-198.
- (1988b), «Les migrations intérieures», en J. Dupâquier, dir, *Histoire de la Population Française*, París, vol. III, 99-145.
- REHER, D. S., (1990), *Town and Country in Pre-Industrial Spain, Cuenca 1550-1870*, Cambrigde.
- REY CASTELAO, O., (1990), *Tui en 1753, según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*, Madrid.
- (1994), «Migraciones internas y medium-distance en Galicia, siglos XVI-XIX», en A. Eiras Roel et O. Rey, (Ed.), *Migraciones internas y medium-distance en la Península Ibérica, 1500-1900*, Vol. II, Santiago, 85-131.
- RODRÍGUEZ GALDO, M. X., et Dopico, F., 1981, *Crisis agrarias y crecimiento económico en Galicia en el siglo XIX*, A Coruña.
- (1996), «Emigración y evolución de los indicadores demográficos en Galicia, 1751-1930», en M. González Portilla *et al.*, (Ed.), *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao, 367-387.
- SAAVEDRA, M. C., (1989), *La Coruña durante el reinado de Felipe II*, A Coruña.
- 1996, *Galicia en el camino de Flandes*, A Coruña.
- SAAVEDRA, P., (1985), *Economía, Política y Sociedad en Galicia: La Provincia de Mondoñedo, 1480-1830*, Madrid.
- SÁNCHEZ, M., (1989), «Ferrol 1771. Datos sobre la Unica Contribución», *Revista de Estudios Mindonienses*, 693-733.
- 1990, «Ferrol, 1750-1800», *Revista de Estudios Mindonienses*, 227-292.
- SANTALLA LÓPEZ, M., (1991), «Aproximación a la villa del Ferrol y a la Provincia de Betanzos en el siglo XVIII», *Anuario Brigantino*, 45-51.
- SHARLIN, A., (1978), «Natural decrease in Early Modern cities: a reconsideration», *Past and Present*, 29, 126-138.
- VALLEJO POUSADA, R., (1994), «Fiscalidad y fraude fiscal en Galicia en la segunda mitad del siglo XIX», *Hacienda Pública Española*, 1, 263-281.